This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

HB WIDENER
HW P2W1 N

42542.29.70

Harvard College Library

BOUGHT WITH
MONEY RECEIVED FROM
LIBRARY FINES

Y 25 X 2 1 2 9 9 c

BIBLIOTECA
LÍRICO-DRAMÁTICA

PEDRO EL NEGRO
Ó
LOS BANDIDOS DE LA LORENA

DRAMA EN CINCO ACTOS

escrito en francés

POR

MM. P. DINAUX Y E. SUÉ

traducido por

D. C. GARCÍA DONCEL Y D. L. VALLADARES

Representado por primera vez en Madrid en el Teatro de la CRUZ, el día 4 de Junio de 1843, y posteriormente en los principales teatros de España y Ultramar.

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
ENRIQUE ARREGUI, EDITOR
calle de Atocha, 111, segundo
1885

PEDRO EL NEGRO

Ó

LOS BANDIDOS DE LA LORENA

DRAMA EN CINCO ACTOS

escrito en francés

POR

MM. P. DINAUX Y E. SUÉ

traducido por

D. C. GARCÍA DONCEL Y D. L. VALLADARES

Representado por primera vez en Madrid en el Teatro de la CRUZ, el día 4 de Junio de 1843, y posteriormente en los principales teatros de España y Ultramar.

SEGUNDA EDICIÓN

LIBRERIA DE VALERIANO
SUCR DE R. ESTEBAN
CE DE SN MARTIN Nº 2.
MADRID
GRAN SURTIDO DE COMEDIAS

MADRID: 1885
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1.

12542.29.90

Harvard College Library
June 28 1913
Fine Money

PERSONAJES	ACTORES
MARIANA	Doña J. Pérez.
URSULA, madre de Andrés	» C. Sampelayo.
PEDRO EL NEGRO, barón de Spachman	Don F. Lumbreras.
ANDRÉS, molinero	» A. Alverá.
EL CURA FRANVAL	» P. López.
GAUFRÉ, bandido	» A. Azcona.
OCULI, sacristán	» J. Torroba.
BRIN, mozo del molino y bandido	» J. Carçeller.
ROLANDO, bandido y criado de Pedro	» J. Fernández.
MAX, bandido	» N. García.
PABLO, mozo del molino	» R. Aropardo.
PASCUAL	» V. Caltañazor.

Mozos del molino, criados, bandidos y soldados.

Esta obra es propiedad de la Biblioteca dramática, y nadie, sin su permiso, podrá ponerla en escena.

Los representantes de la BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA *de D. Enrique Arregui, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion, del cobro de los derechos de propiedad y de la venta de ejemplares.*

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Cuarto interior de un molino. A la derecha, en primer término, una puerta que conduce al cuarto de Ursula. A la izquierda, en el mismo término, otra puerta; en tercero una escalera que conduce al piso bajo y al segundo. En el fondo la puerta de entrada, y á la derecha un armero con varias escopetas de diferentes tamaños, hoces y horquillas; á su lado una gran ventana.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telón cuatro mozos del molino están arreglando el cuarto; Brin baja por la escalera. Se oye el ruido del molino.

BRIN.—MOLINEROS, y después OCULI.

BRIN. (Abriendo la ventana del fondo y gritando.) Recoged las velas: el viento es muy fuerte... (Cesa el ruido. A los que están en el cuarto.) Vosotros ved si están en buen estado esas armas. (Los mozos cogen las escopetas y las limpian. Aparte.) Si no fuera porque el maldito Andrés, nuestro amo, me cáusa algún respetillo, descomponía todas las llaves: es un hombre con quien no se puede gastar chanzas. (Alto.) Callal Aquí tenemos á Oculi con su piporro.

OCULI. (Entrando por el fondo con un piporro debajo del brazo.) Cada uno lleva las insignias de su profe-

sión: tú tienes ese capisayo blanco y la cara llena de harina, porque eres mozo del molino de la señora Ursula Dumoutier; yo, como sacristán de la parroquia de Formentry y al servicio del señor cura Franval, no puedo llevar otra que este piporro, porque las campanas pesan demasiado... Además, yo cuido mucho este instrumento.

BRIN. Sí, lo merece: un piporro que berrea como un buey cuando tiene muermo. Mejor quiero oir á tus malditas campanas.

OCULI. Cuidado con hablar mal de Cabriola y Pirueta.

BRIN. Vaya unos nombres con que las has bautizado!

OCULI. El señor cura Franval me ha dado su permiso; es mi jefe.

BRIN. El cura Franval!... Un cura que ha sido dragón.

OCULI. Y que tiene un puño y unos pulmones que ya! ya! Una vez pegó un resoplido en Benito... y me lo rajó.

BRIN. Qué Benito es ese?

OCULI. (Enseñando el piporro.) Este.

BRIN. También le has bautizado?

OCULI. Yo bautizo á todos mis utensilios... Así me entiendo mejor. Si no tuviera tanto miedo á las armas de fuego, tendría una escopeta y la llamaría Eleonora.

BRIN. No es malo entónces que el señor Cura sea tan fortachón y tan animoso, porque si no fuera por él te morirías de miedo en la rectoría.

OCULI. No lo niego: como he visto muy cerca el peligro no es extraño... el gato escaldado... ya sabeis. Si hubieras tú estado hace ocho años en la granja del tío Pascual, cuando los bandidos... esos endiablados que se les conoce con el nombre de calentadores... (Los mozos que estaban en el fondo, se acercan al oir esto y se ponen á escuchar.)

BRIN. Ba! los calentadores!...

OCULI. No hay ba! que valga... si querrás negarlo?

BRIN. Son cuentos de brujas.

OCULI. Pues dime, y la partida de Juan el desollador?

BRIN. Está á veinte leguas de aquí... allá por el Rhin.

OCULI. Y la de Pedro el Negro que anda correteando por estos contornos?

BRIN. Sandeces... quién ha visto á Pedro el Negro?

OCULI. Nadie... pues eso es lo que da más miedo.

BRIN. Estás loco ó borracho.

OCULI. Ni más ni menos!... Aunque nadie le ha visto, se sabe muy bien que Pedro es un hombre fiel á su palabra y feroz como un tigre. Todos hablan del reloj que saca para decir á sus bandidos: «Dentro de media hora, necesito tres cabezas; dentro de seis, cuatro palacios.» A Dios gracias, el gobierno ha enviado un regimiento de húsares en persecución del desollador: si su partida se desbanda hacia aquí, ya está el país prevenido á recibirla como merece. No, y lo que es el señor Andrés, vuestro amo, no se descuida... ha puesto el molino como si fuera una fortaleza.

BRIN. A qué me vienes ahora á contar lo que sé mejor que tú?... Vamos á ver, y tú qué buscas aquí esta tarde?

OCULI. Vengo á decir á la señora Dumoutier, madre del señor Andrés, que el señor Franval va á venir á hacerlos compañía en la cena, porque tiene que hablarla.

BRIN. Bien: voy á decírselo á la señora. (Pasa á la derecha, y habla á un mozo que entra en el cuarto de Ursula.)

OCULI. Pues como yo no las tengo todas conmigo cuando estoy solo... voy á formar parte de vuestra velada: si Benito puede ser útil á la sociedad...

BRIN. Temprano vienes á la velada.

OCULI. Es que no me gusta salir de noche: la música que cantan esos malditos buhos que andan por esos matorrales, no me hace maldita gracia; además, hace cuatro días que aparece á la caida de la tarde un lobo rabioso... ya lo sabrás... el que ha cogido un carnero á Pascual el cazurro, el hijo de aquel otro pobre que los bandidos...

BRIN. Vaya, otro estúpido!

OCULI. Tienes razón en decir que es estúpido; pero no la hay para que digas «otro estúpido» mirándome á la cara.

BRIN. Cierto: es más tonto que tú.

OCULI. Así me gusta: es necesario ser justos. (Dirigiéndose al fondo.)

BRIN. Y á más de tonto es un holgazán... por no hacer nada, ni áun habla cuatro palabras seguidas.

OCULI. (Mirando por la ventana.) Calla! Aquí viene Timoleón.

BRIN. Y quién es ese amigo?

OCULI. Timoleón? El burro del Cuervo.

BRIN. Cada vez te voy entendiendo ménos.

OCULI. El borrico de la posada del Cuervo... Timoleón llamo al borrico que viene tirando de la tartana del señor Gaufré, el posadero.

BRIN. Viene de veras?

OCULI. Míralo... no puedo ver á ese hombre: se me ha metido en la cabeza que es un mal bicho... por de pronto ya es posadero, y basta y sobra...

BRIN. Silencio! Ya sube la escalera con su hija Mariana.

OCULI. Su hija es otra cosa, goza uno en verla la cara... es imposible que sea su padre ese tío.

ESCENA II.

DICHOS.—GAUFRE.—MARIANA.

GAUF. Buenas tardes, amigos míos; muy buenas tardes.

BRIN. } Felices, señor Gaufré. Felices, señorita. (Los
OCULI. } mozos saludan y se van dos por la izquierda y otro por la escalera.)

MAR. Mil gracias, señor sacristán. Cómo está Cabriola?

OCULI. Deseando andar á vuelo para anunciar vuestro casamiento... Lo mismo que su hermana Pirueta.

GAUF. Y qué tenemos de nuevo?

BRIN. (Haciendo señas de inteligencia.) Ya sabreis, señor Gaufré, que tenemos un preso en el molino.

MAR. Un preso?

GAUF. Así me lo han dicho... Un paisano que venía amenudo al país... (Haciendo como que busca un nombre.) No se llama Mars... ó Max, ó?...

MAR. Es el que Andrés cogió anoche?

OCULI. El mismo; y con qué bríos! El tal pájaro tiene todas las trazas de un bandido hecho y derecho. No quería dejarse coger y le tiró al señor Andrés un pistoletazo...

MAR. Ay, Dios mío!

OCULI. No hay cuidado... El mismo efecto hizo que si soplara á mi Benito por arriba. El señor Andrés me le cogió el brazo como con unas tenazas y me le trajo aquí bien atado, donde le tiene hasta tanto que esté disponible la cárcel del pueblo.

GAUF. (Con intención.) Y qué dice el preso?

BRIN. (Lo mismo.) Nada.

GAUF. (Con intención y después de dar un suspiro.) Es lo mejor que puede hacer... Pero no hay que detenernos en lo que no nos importa... La noche va cerrando y no es cosa de atravesar esos campos con la oscuridad... Venimos á traer á la Señora el dinero de los últimos cuatro meses: pero si está ocupada se lo podremos entregar á Andrés .. no la incomodes, Brin. (Bajo.) Esto es más conveniente.

BRIN. Voy á avisarle... está arriba.

OCULI. Pues yo me voy á esperar la velada con mi Benito debajo del brazo. (Brin sube la escalera de la derecha, y Oculi se va por la izquierda.)

ESCENA III.

MARIANA.—GAUFRÉ.

GAUF. Oye, Mariana... Debemos á la Señora cuatrocientos cincuenta francos por los cuatro meses vencidos de nuestro arrendamiento, y en este taleguillo no vienen más que doscientos ochenta.

MAR. La última vez me mandásteis traer solamente

trescientos, y creo que después habreis completado aquella cantidad.

GAUF. Por supuesto! (Aparte.) Qué candidez! No comprende esta muchacha que la caridad bien entendida empieza por uno mismo.

MAR. Me parece que vienen.

GAUF. (Dándola el taleguillo.) Me tiene con cuidado la tartana: creo que se ha descompuesto... Voy á ver y vuelvo al momento. (Aparte.) No los perdamos de vista. (Se va por el fondo, y cuando baja Andrés, vuelve á aparecer con sigilo, ocultándose detrás de la escalera.)

ESCENA IV.

ANDRÉS.—MARIANA.—GAUFRÉ, oculto.

AND. Será cierto lo que me han dicho, Mariana?... Habeis tenido la bondad de llamarme?

MAR. Yo?... no, no he sido yo... tenía que hablar á la Señora...

AND. Pues si me ha dicho Brin... mucho siento que me hayais sacado de la duda.

MAR. Habrá entendido mal... porque vengo á un asunto...

AND. Hablemos, pues, del asunto.

MAR. Sobre el pago de nuestro arrendamiento.

AND. (Mirándola, sin escucharla.) Ah! ha vencido?

MAR. Ya lo creo... hoy es San Juan.

AND. (Lo mismo.) No me acordaba.

MAR. Mal día para mucha gente.

AND. No lo es para mí.

GAUF. (Aparte.) No va malo.

MAR. Mi padre no es tan rico como vos...

AND. Quiere decir que todos los días son buenos para mí: no los tengo, sin embargo, tan felices como el de hoy.

MAR. Mi padre no ha podido reunir los cuatrocientos cincuenta francos, y aunque con mucha vergüenza, vengo á entregaros doscientos ochenta...

AND. Vergüenza! y por qué? porque venís á verme?

Ya que me habeis prohibido que yo vaya á veros...

MAR. Como faltan ciento setenta francos para completar la cantidad...

AND. Falte lo que falte... no dejeis de venir por eso. (Va á sentarse á una mesa colocada á la derecha, y sienta el pago en un libro.)

GAUF. (Aparte.) Bestia de mí! hubiera podido traer sólo doscientos.

MAR. Cuántas bondades, señor Andrés! Creed que nuestro agradecimiento será eterno.

AND. Vuestro agradecimiento! Siempre lo mismo.

GAUF. (Aparte.) Poco á poco... esto ya va siendo demasiado tierno y no me acomoda.

MAR. (Viendo á Gaufre.) Padre! Venid á dar las gracias al señor Andrés.

AND. (Aparte.) Cuando se presenta este hombre se desvanecen todas mis ilusiones.

GAUF. Pues qué! Será posible? Sois tan bueno que consentís en esa rebaja de nuestro arrendamiento?

MAR. (Bajo.) Me habíais hablado solamente de demorar el pago.

GAUF. (Bajo.) Cierto; pero cuando las cosas se pueden arreglar de una vez, no hay que perder tiempo. (Alto.) Con que estamos...

AND. Sí señor... hablaré á mi madre, y todo se compondrá.

GAUF. (Aparte.) Desvanezcamos ahora sus esperanzas. (Alto.) Ya lo ves, Mariana... eres poco agradecida á tantos favores.

AND. Qué decís?

GAUF. Nunca mienta vuestro nombre... Siempre tiene en la memoria al baron Spachman que no nos ha favorecido ni la mitad... Siempre está hablando de él.

AND. (Levantándose.) Del Barón?

MAR. Pero, señor!...

GAUF. Qué quieres que yo diga?... Si es la verdad. Cuando viene á vernos el Barón, le recibes con tanta amabilidad, sin turbarte, sin bajar los ojos, y cuando estás delante del señor Andrés,

parece que quieres marcharte cuanto antes. Es tan buen muchacho! Nada te ha hecho que merezca esa aspereza que tú le muestras.

AND. (Aparte.) No sabe este hombre el mal que me está haciendo.

MAR. Padre mío!

ESCENA V.

DICHOS.—BRIN.—PABLO y varios MOZOS del molino.

VOCES. (Dentro.) Señor Andrés!... Señor Andrés!...

AND. Qué sucede? A qué vienen esos gritos? (Aparecen los mozos subiendo la escalera interior, viniendo en medio de ellos Brin, pálido y desconcertado.)

PAB. (A Brin.) Anda tú... habla...

AND. Qué es ello, Brin?

GAUF. (Aparte mirando á Brin.) Aquí hay algo.

MOZOS. (A Brin.) Vamos, habla.

BRIN. (Balbuciente.) Señor Andrés... quieren hablaros... abajo.

AND. Quién?

BRIN. (Aumentando más su perplejidad.) El preso.

AND. Y qué me quiere?

BRIN. Dice...

AND. Qué dice? Vamos, acaba.

BRIN. Promete hacer una revelación... á las autoridades.

GAUF. (Aparte.) Revelaciones!... puede perderme.

BRIN. Pero antes de todo quiere hablaros.

AND. A mí?

BRIN. A vos solo.

AND. Allá voy, pues. Adios, Mariana... adios. (Baja la escalera.)

ESCENA VI.

GAUFRE.—MARIANA. Mariana, triste y pensativa, va á sentarse junto á la mesa. Gaufre inquieto y receloso sigue á Andrés con la vista.

GAUF. (Aparte.) Debí desconfiar de ese Max. (Alto, acercándose á Mariana.) Qué reflexiva y qué triste estás, Mariana!

MAR. Más lo está Andrés que yo...

GAUF. Puede ser que le interese la suerte de ese pobre Max.

MAR. No lo creo.

GAUF. Pues entónces, qué puede haberle puesto tan triste?

MAR. Le habeis dicho que yo amo al barón Spachman?

GAUF. Es verdad: mi franqueza me ha hecho hablar más de lo que debía.

MAR. (Levantándose.) Me habeis culpado de ingratitud, y bien sabe Dios que sin motivo.

GAUF. (Con fingido asombro.) Lo que no puedes negar es el despego que muestras en su presencia... te turbas... enmudeces... mientras que con el Barón...

MAR. Cuando veo al Barón Spachman me importa poco su presencia; pero delante de Andrés... es otra cosa.

GAUF. Soy un topo! Ingratitud! no es mála, vive Dios!... Es el amor no hay duda... y le he engañado á ese pobre chico!...

MAR. No se le puede desengañar todavía?

GAUF. Mucho que sí... Pero hoy ya no hay tiempo.

MAR. El me parece que sube la escalera.

GAUF. (Mirando por la ventana.) La noche ha cerrado enteramente, y no trae muy buena cara... es preciso enganchar cuanto antes... ven á buscarme dentro de un cuarto de hora. (Aparte.) Ahora ya puede Max revelarle todo lo que quiera... seguro le tengo. (Se va por el fondo, y Andrés aparece por la escalera.)

ESCENA VII.

MARIANA.—ANDRÉS.

AND. (A dos mozos que vienen con él.) Vamos á tener tempestad. Pascual no ha vuelto con el ganado: no será malo que vayais á buscar á ese pobre muchacho. (Los mozos se van por el fondo después de haber puesto una luz en la mesa.) Ah! Todavía estais aquí, Marianita?

MAR. (Con alegría.) Todavía, sí señor.

AND. (Tristemente.) Nunca os he visto tan alegre.

MAR. Es porque nunca he estado tan contenta como ahora.

AND. Quizás por lo que acaba de decir vuestro padre?

MAR. Lo habeis adivinado.

AND. Ah! Sois muy cruel!

MAR. Escuchad. Después que os marchásteis, mi padre ha descubierto que vivía muy engañado sobre ese particular.

AND. Qué decís?

MAR. Que no soy ni he sido nunca tan ingrata como él decía, sino al contrario...

AND. Acabad.

MAR. Que os amaba.

AND. Mariana! Mariana! Es verdad lo que decís?

MAR. Oh! Sí.

ESCENA VII.

DICHOS.—FRANVAL.

FRANV. (Entra por el fondo sacudiendo el sombrero.) Maldito tiempo!... exclamación que hubiera yo hecho cuando era soldado.

AND. }
MAR. } (Dirigiéndose á él con alegría.) Señor Cura! Señor Franval!

FRANV. Qué hay de nuevo, hijos míos? Estais tan alegres... tan contentos.

AND. Ya lo creo; tenemos que deciros un secreto.

FRANV. Un secreto?

MAR. Que se puede decir en alta voz.

FRANV. (Con alegría afectuosa.) Y los dos el mismo secreto?

AND. (Cogiendo la mano de Mariana.) El mismo: no es cierto, Mariana?

FRANV. Hum! Cuando era yo soldado, lo hubiese adivinado... ahora no entiendo nada de esto... como no sea cosa que pertenezca á alguno de los sacramentos.

MAR. Pues de eso se trata: en cuanto hayais hablado á mi padre.

AND. Y á mi madre.

FRANV. Corriente. Hoy parece que estoy destinado á ser el embajador de todo el mundo.

ESCENA IX.

DICHOS.—PASCUAL.—Este entra por el fondo, andando á lo patán con la cabeza baja, y trae una cosa abultada bajo la blusa.

FRANV. (Al verle entrar.) Hola! ya estás aquí, pillete!

AND. No le riñais.

FRANV. Sí, ya sé que es tu protegido: pero no importa. Habráse visto cosa como ella! No sabes que todos los pastores están con cien ojos por el lobo que ha aparecido estos días? Por qué abandonas el ganado?

MAR. Tendrá miedo á la tempestad.

FRANV. Cá! Estaba raso todavía cuando me encontré al ganado sin nadie que lo guardara... Estuve llamándole á grito pelado: pero nada! Me he visto precisado á traerlo yo mismo, calándome hasta los huesos, porque esos animales andan tan de prisa como los gatos.

AND. Habeis sido en un todo el buen pastor.

FRANV. El buen pastor lleva una oveja en los hombros, y puede echar á correr si llueve: pero yo traía doscientas y tenía que ajustarme á su paso. Sí, reid lo que querais: luego veremos si no quiero casaros. (Mariana, para ocultar la risa, pasa por detrás del Cura y se pone cerca de la mesa. A Pascual.) Qué hacías tú entre tanto? (Pascual, que se ha acercado á la mesa, deja sobre ella lo que tenía oculto entre la blusa. Mariana da un grito y pasa asustada al otro lado.)

FRANV. Qué es eso?

AND. (Mirando.) La cabeza del lobo! Eres tú quien le ha muerto?

PASC. (Con orgullo.) Toma!

FRANV. Qué quieres decir con esa exclamación? Que has sido tú? (Pascual no responde.) Pues eres un

solemne embustero: en la vida has manejado un arma de fuego, y ni aun sabes lo que es una escopeta. No puedes, por consiguiente, haberle muerto, porque tiene un balazo en la frente... habrá sido otro.

PASC. (Bajando la cabeza y balbuciente.) Vaya!

FRANV. Oye, picaruelo... tienes licencia para ser todo lo estúpido que quieras, pero cuidado con mentir; porque á la primera que te pille, yo sabré corregirte, ya que no te hacen mellas mis sermones porque no los entiendes. Te agarraré de una oreja como lo hacía cuando era soldado... (Pascual vuelve á ocultar la cabeza y se va tristemente por la puerta de la izquierda.)

MAR. Pobre muchacho! Me da compasión... No entiende nada de lo que se le dice.

FRANV. Es verdad... He sido un poco vivo, me he dejado llevar de mi genio. Antes de amenazarle debía tratar de que me entendiera... En este estado me lo encontré á la vuelta de mis campañas. Tienes razón, Mariana, es preciso hacerle entender con suavidad... Voy á emprender su cura: para esto será preciso que me cuente Andrés la causa de su enfermedad.

MAR. Ya viene la Señora.

AND. Mi madre! (Llamando.) Que saquen la cena... Que vengan todos. (Ursula sale de su cuarto y va á hablar al Cura y á Mariana. Varios mozos sacan del cuarto de la izquierda una mesa larga que colocan al mismo lado, poniendo bancos y cubiertos, colocándose todos los del molino. Al mismo tiempo, otros criados ponen cuatro cubiertos en la mesa de lo derecha. Oculi y las criadas salen por la izquierda. Pablo y dos mozos por el fondo: Brin y otros dos por la escalera. Pasa todo esto durante el diálogo siguiente:)

ESCENA X.

DICHOS.—URSULA.—OCULI.—Molineros.—Criadas.—PASCUAL.

FRANV. (A la Señora.) Os pido mil perdones, Señora, de

haberme convidado yo mismo á cenar en vuestra compañía, y de haber traido por apéndice á mi Sacristán: ya sabreis que tenemos que hablar.

URS. Todo lo que hagais está bien hecho, señor Cura: yo también tengo que anunciaros otro convidado.

AND. Y quién es?

URS. Marianita.

MAR. Pues y mi padre?

URS. Ha tenido que marcharse á pesar del mal tiempo, y para no exponeros ha accedido á las vivas instancias que le hice de que os dejara en mi compañía hasta mañana.

AND. No sabeis lo mucho que me agrada esta noticia, madre mía. (A los molineros.) Están bien cerradas todas las puertas?

PAB. Sí, señor... aquí están las llaves. (Se sienta en la mesa grande.)

AND. Bien: ya que todos están dentro, podeis quitar la escalera grande. (Todos se van sentando en sus mesas respectivas.) Dentro de poco, tendré que llevar el preso al calabozo que ya está en buen estado: bajaré por la escalerilla. El señor cura y el sacristán podrán bajar por el mismo camino?

FRANV. No que no!... con otras escalas peores he asaltado murallas... Mi sacristán está también acostumbrado á subir la del campanario, que no no será mejor que la vuestra.

URS. Qué tienes, Andrés, no cenas?

AND. Estoy tan contento, madre mía! (Bajo.) Luego sabreis el motivo.

FRANV. Pues hombre, una vez que no comes, puedes distraernos, contándonos algo que nos entretenga... y á propósito... cuéntame el suceso que le ha puesto al pobre Pascual en un estado tan deplorable... con eso sabré yo cómo me he de valer para en adelante.

AND. Corriente. Ya sabeis que áun antes de la revolución había un sinnúmero de malhechores en este país, á pesar de la guerra tan cruda que

les hacía el conde Bianville, primera autoridad de la provincia. En cuanto empezaron los disturbios tuvo que ausentarse y nunca más le hemos vuelto á ver. Entonces se cerraron todas las iglesias; nos cercó el enemigo; vos sentásteis plaza de soldado... llegásteis á oficial.

FRANV. Decidme, Mariana; qué le he dicho yo que nos cuente?

MAR. La historia de Pascual.

FRANV. Tal me había parecido. (A Andrés.) Si quisieras pasar por alto la mía, nos harías merced. Creo que la sé mejor que tú.

AND. Con el trastorno general cesaron todos los trabajos, el país se llenó en un momento de bandidos, que atacaban atrevidamente las chozas y los palacios. (Pascual se ha ido acercando poco á poco, y sin que nadie lo note se sienta en el suelo detrás de Andrés.) El padre de Pascual tenía una granja de mi madre á unas cuantas leguas de aquí... nosotros le mirábamos más como amigo que como criado: mi padre le debía la vida, y no pudiendo hacer que tomase una gran cantidad de dinero en premio de su servicio, le regaló su relój para que le recordara la hora en que le había salvado. Una noche, cuando todos estaban dormidos en su casa, se abre la puerta de par en par á impulso de un fuerte golpazo, y aparecen varios hombres de mala catadura y le preguntaron ferozmente dónde tenía oculto el dinero. El infeliz negaba, como era la verdad, que tuviera más de lo que habían encontrado, y entónces ellos le quemaron los piés como tenían por costumbre, repitiendo las mismas preguntas y las mismas amenazas. El pobre muchacho que tenemos aquí, pudo desasirse de las sábanas en que le tenían envuelto y sacó la cabeza á los lamentos de su padre, pero el infeliz no podía defenderle, ni conocer á ninguno de aquellos infames, porque todos llevaban oculto el rostro con un velo, ó pintado de negro. Lo único que pudo hacer fué contarlos, y según lo repite á cada instante parece que eran trece.

PASC. (Aparte.) Eran trece!

AND. Qué más os he de contar? Cuando se fueron aquellos malvados, toda la granja estaba ardiendo: se acudió á socorrer á aquellos infelices, pero en vano: la mayor parte murieron, incluso el pobre viejo que espiró en medio de los dolores más horribles.

MAR. Qué horror!

OCULI. (Levantándose y colocándose en medio de la escena.) El señor Andrés no lo cuenta todo. Los pocos que se salvaron tuvieron muy buena colocación en su casa: al pobre huérfano le han criado como á un hijo en ella; y al viejo le han dado sepultura en el cementerio, poniendo encima de la losa una cruz de piedra. (Mientras Oculi está hablando, Pascual se acerca á Andrés y le besa la ropa.)

MAR. Habeis hecho una buena obra.

FRANV. (Pegando con el cuchillo en la mesa.) Asesinos! Canalla!... como hubiera yo dicho cuando era soldado. Y no se ha podido limpiar el país de...

AND. Se escaparon, y desde entónces... (Se oyen golpes.)

URS. Están llamando á la puerta del patio.

OCULI. (A un mozo que se ha levantado para ir á abrir.) No hay que abrir... vaya!

AND. (Sentado.) Y por qué no? No somos bastantes para defendernos en caso necesario? (Al mozo dándole la llave.) Vé á abrir. (Todos se levantan.)

OCULI. Y si fuera alguno de la partida de Pedro el Negro?

AND. Y qué podría hacer contra nosotros? Si es un pobre hombre que se ha perdido con la oscuridad de la noche, debemos darle hospitalidad.

FRANV. Tiene razón Andrés: en esto no hay que vacilar.

AND. Ya es hora, me parece, de conducir el preso al calabozo; irán conmigo los que le están custodiando, y en menos de media hora estoy de vuelta. (Al tiempo de salir se encuentra cara á cara con Pedro el Negro disfrazado de viejo con un traje lleno de harapos.) Ah! sois vos, buen hombre, el que llamaba hace poco?

PED. (Desde la puerta.) Quizá os molesto... pero la noche... ese aguacero... estoy muy cansado...

BRIN. (Aparte en primer término.) Esta voz...

AND. Entrad, pues: tomareis un bocado junto á la lumbre, recobrareis las fuerzas. No sois del país?

PED. Soy de quince leguas de aquí... y tengo que llegar cuanto antes, por eso me apresuro...

AND. Una razón más para que descanseis. (Indicando la puerta de la izquierda.) Ahí se van á reunir todos para pasar la velada. (Vase.)

URS. Y Mariana la presidirá.

PED. (Dando algunos pasos y aparte.) Mariana aquí! Vendrá por este maldito Andrés?

URS. Soy con vos al momento, señor Franval.

FRANV. Cuando querais, señora. (Quitan la mesa pequeña, y la grande la colocan junto á la ventana. Pedro se acerca á Brin y le aprieta la mano con disimulo.)

PED. (Bajo.) Aprendiz!

BRIN. (Turbado y á media voz.) Hermano!

PED. (Lo mismo.) Obediencia.

BRIN. (Lo mismo.) Sigilo.

PED. (Lo mismo.) Mañana, á las seis, en el castillo del Spachman.

BRIN. (Lo mismo.) Allí estaré.

OCULI. (A Brin y á Pedro.) Eh! muchacho... y vos, buen viejo, venid... Quereis quedaros ahí plantados como unas estacas? (Siguen á Oculi. Pascual que se ha quedado el último, mira con sorpresa á Brin y á Pedro, y entra después de ellos.)

ESCENA XI.

FRANVAL. — URSULA.

FRANV. Ya podeis figuraros señora, que si os ha pedido una entrevista secreta, será para tratar de un asunto muy grave, que no tiene relación ninguna con mi persona.

URS. Lo conozco muy bien, señor Franval, porque siempre tomais con más anhelo los asuntos de otros que los vuestros.

FRANV. Cuando entré en el ejército en la época de la revolución, me destinaron al cuerpo que más tarde hizo la campaña de Italia. Yo estaba entónces en el estado mayor, y un día que acababa de despachar con el General, me rogó que pusiera el sobre de una carta que tenía sobre el bufete. Cogí la pluma, y me dictó en estos términos: «Al señor Doumoutier, molinero en Formentry.» No pude ocultarle mi asombro al oir pronunciar el nombre de vuestro marido, y conociéndolo el General, me hizo varias preguntas sobre mi nombre y familia, resultando una mútua confianza y revelándome que era el Conde de Bianville.

URS. El infeliz señor, cuya suerte aún ignoramos.

FRANV. Había escapado como yo á la persecución buscando un asilo en el ejército: una estrecha amistad ligó bien pronto nuestros corazones, que por desgracia no fué muy duradera, pnes cayó herido mortalmente en la batalla de Marengo. Antes de morir empleó las pocas fuerzas que le quedaban en escribir varias cartas, y después me mandó llamar diciéndome: «Prometedme volver á Formentry donde deben ignorar mi suerte. Cuando recibais una carta de Berhay en Normandía, abrid el pliego que os confío; y si no recibís noticia ninguna, no lo habrais hasta que hayan pasado tres años después de mi muerte.» Apenas pude oirle estas palabras porque estaba en los últimos momentos... no tardó mucho en espirar privándome la suerte de un amigo...

URS. Que como los que teneis aquí conocía vuestra honradez y vuestro buen corazón.

FRANV. Tres años han trascurrido desde la triste escena que acabo de contaros, y como no he recibido noticia alguna de Bernay, he abierto el pliego esta mañana encontrando con lo que vais á tener la bondad de oir. (Lee) «Querido Franval: ya que no tengo esperanza de sobrevivir á mis males, id á ver á Dumoutier, quien os contará el pesar que ha envenenado el fin de mis días. Para volver también á cada cual lo que le per-

tenece, distribuireis entre mis parientes más cercanos la cantidad de tres mil francos en oro, billetes y pedrería que dejé oculta en mi palacio. Con solo presentar el adjunto anillo á mi notario el señor Lefeore, os dará éste todas las noticias que necesiteis para encontrar el parage donde está oculto el tesoro. Os doy mi último adios confiando en vuestra probidad, etc.»

URS. No os habeis engañado, señor Franval: el señor Conde nos había confiado á los dos esa triste historia, porque como parientes...

FRANV. Ah! Erais parientes?

URS. Mi marido fué el hijo menor de una noble familia... pero esto no es del caso. No hace mucho que Andrés os contaba la cruda guerra que el Conde de Bianville hizo á los malhechores de este país, razón por la cual atentaron várias veces á su vida y á la de su esposa, que murió al dar á luz una niña. Al cabo de un año le arrebataron al Conde este último consuelo. Habían robado á Cecilia en la cuna, pero sin dejar rastro alguno de sangre.

FRANV. Esa pobre niña ha sido víctima sin duda de una venganza cruel, y por desgracia será preciso renunciar á toda esperanza de volverla á ver. Mañana haré una visita al barón Spachman, que hace días que no se le vé por aquí; dicen que está malo.

URS. Y qué le quereis?

FRANV. Entenderme con él para buscar el tesoro del General... ya sabeis que vive en el palacio del Conde que está en secuestro aun, por pertenecer á un emigrado. (Suenan las campanas.) Las campanas están tocando las ánimas, y tengo que retirarme, señora.

ESCENA XII.

DICHOS.—OCULI.—BRIN.—MARIANA.—Molineros.—Criados.—PEDRO EL NEGRO.—PASCUAL.

OCULI. (Saliendo precipitadamente y dirigiéndose á la puerta del fondo) Señor Cura! Señor Cura!

FRANV. Qué tenemos?

OCULI Las campanas están tocando solas á ánimas.

FRANV. Las tocará alguno que no se ha olvidado de la hora como tú.

OCULI. Si serán los bandidos?

FRANV. Déjate de sandeces.

OCULI. Es que me están contando ahí unas cosas... (Cesan las campanas.)

MAR. (A Ursula.) Tiene razón: yo también me he asustado. Cuando empezaron á tocar las campanas estábamos todos acosados de un pavor tan grande... (Mientras dice esto Mariana han ido saliendo todos y forman corro.)

FRANV. Y qué contaban esos miedosos?

MAR. Hacían mil conjeturas sobre el viajero que se alojó días pasados en casa de mi padre...

PED. (Aparte.) Escuchemos.

MAR. Y del que al otro día se encontró el caballo y la capa junto al despeñadero.

PED. (Aparte.) Malvado Gaufré!

MAR. Dicen que de tres años á esta parte se han encontrado en el bosque más de diez hombres asesinados... todos con un tiro en la espalda.

URS. Es cierto.

FRANV. Sí en verdad: pero creo eran del país, ó se les conocía por gentes de mala catadura. A todos se les ha encontrado con armas y con señales ciertas de ser unos bandidos. Dos de ellos eran el famoso Remellado y el terrible Manquillo, dignos tenientes de Pedro el Negro, de quien habla todo el mundo, y á quien nadie ha visto. No hay por qué asustarse.

OCULI. Pues dígame su merced, cómo se puede explicar la mutilación de los monumentos sagrados? (Movimiento general.)

FRANV. Otra majadería de las tuyas.

OCULI. No señor: es la pura verdad. Hay algunos impíos que se introducen en el cementerio... (Todos se agrupan y prestan mucha atención.) y deterioran las sepulturas.

FRANV. Señor sacristán, eso ya es peor que una majadería, es un embuste.

OCULI. No señor, á fé de mi nombre. Todas no diré yo, pero una... no me cabe duda.

FRANV. Cuál?

OCULI La del padre de Pascual. Aun no están contentos con haberle asesinado.

FRANV. Pues qué hacen en esa sepultura?

OCULI. Han hecho unas rayas muy hondas en la cruz que el señor Andrés mandó ponerle; primero ví una, después dos, y después... en fin, la noche que se encontraron los cadáveres del Remellado y del Manquillo había ya diez.

FRANV. Pues si llegan á doce, ya te enseñaré yo á cerrar bien las puertas.

ESCENA XIII.

DICHOS.—ANDRÉS entra por el foro.

AND. Aún llego á tiempo para dar á todos las buenas noches.

FRANV. Qué has hecho del prisionero?

AND. Ya está en el calabozo con un centinela delante, dos á los lados, y detrás el torrente que el aguacero acaba de engrosar.

PED. (Aparte.) Bien. (Alto.) Felizmente no tengo necesidad de pasarlo.

AND. Pues qué! os vais?

PED. Sólo esperaba que diérais la vuelta para daros las gracias por vuestra hospitalidad.

URS. Podeis pasar aquí la noche, si quereis.

PED. No puedo, señora... me esperan.

AND. Los caminos están muy malos.

PED. Para los jóvenes... Mas para el que tiene encima sesenta años, ya está acostumbrado...

OCULI. Podeis tener algún encuentro poco agradable.

PED. Tengo valor y sé afrontar el peligro.

FRANV. Pues entónces buen viaje.

PED. Gracias, señor cura.

FRANV. Ea! Buenas noches, amigos míos.

TODOS. Buenas noches, señor Franval. (Brin ha cogido una luz y se coloca en la escalera con dos mozos; una criada coge otra, y siguiéndola dos, se dispone

á entrar por la izquierda. Franval ha acompañado á Ursula y Mariana hasta su cuarto y se va por el fondo acompañado de Oculí y otros dos mozos. Andrés se dispone á salir.)

AND. Voy á poner algunos centinelas. (A Pascual que mira con recelo.) Y tú, pobrecillo, no vas á acostarte? (Pascual sin volver la cabeza se tumba delante de la puerta del cuarto de Ursula.) Qué es eso? Delante del cuarto de mi madre y de Mariana?

PASC. Toma!

AND. (Asombrado.) Este muchacho es incomprensible.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO PRIMERO.

Una sala en el castillo del Barón Spachman. Cinco puertas: la principal en el fondo. A la derecha, en primer término, entrada secreta; á la izquierda, en el ángulo, puerta que conduce á lo interior; mesa y sillas.

ESCENA PRIMERA.

ROLANDO.

ROL. Ya no deben tardar, son las cinco y media... al atravesar el ala izquierda he oido la señal. Algo vamos á tener de nuevo. De algún tiempo á esta parte, Pedro el Negro se ausenta todas las noches y hace decir que está enfermo. (Dan tres golpes en la puerta secreta.) Ya vienen. (Acercándose á la puerta.) Quién va?

VOZ. (Dentro.) Fuego ardiente. (Abre y entra Brin.)

ESCENA II.

ROLANDO.—BRIN.

ROL. Eres tú, Brin?

BRIN. En carne y hueso.

ROL. Mucho madrugas.

BRIN. Nuestro amo tiene la culpa: ayer le he visto en el molino.

ROL. Ese hombre está en todas partes. También ha ido á las rocas negras á decir al vigilante que cite á todos los que se reunen allí por la noche. A qué hora se fué del molino?

BRIN. A la oración... otro tanto debía yo haber hecho.

ROL. Por qué?

BRIN. Se me ha figurado que me seguían: si Pascual el idiota no hubiera muerto al lobo, diría que me venía dando caza: cada vez que la luna se ocultaba, me parecía ver una cosa que se acercaba á mí dando saltos: pero no he podido saber lo que era porque siempre estuvo algo lejos. (Pegan tres golpes.)

ROL. Quién va?

VOZ. (Dentro.) Fuego ardiente.

ESCENA III.

DICHOS.— GAUFRE.—BANDIDOS.

ROL. Buenos días, papá Gaufré.

GAUF. Felices, hijos míos. Dónde está el amo?

ROL. Aún no ha vuelto.

GAUF. Está en su derecho. El artículo primero de nuestro reglamento dice que el jefe no tiene que dar cuenta á nadie de sus acciones, al menos que no infrinjan el reglamento.

ROL. Lo sabeis á dedillo, buen Gaufré.

GAUF. Cuando hay leyes se deben cumplir exactamente... qué diablos! no somos salvajes. Ante todo el reglamento; y así van bien nuestros negocios. Artículo 7.º El botín se repartirá á partes iguales entre los hermanos: á los novicios les toca media y al jefe cinco.

BRIN. Cinco partes!

GAUF. Pues qué, no tiene que sostener su rango?

BRIN. Su rango! su rango!

GAUF. Artículo 3.º Después de entrar en la compañía continuará ejerciendo cada cual el oficio que tenía para no infundir sospechas. Tú has que-

dado de mozo del molino y el jefe ha seguido siendo barón, frecuentando todas las reuniones de la gente acomodada.

ROL. (Que se ha dirigido á la puerta del fondo.) Compañeros, el jefe viene.

GAUF. Dónde está?

ROL. Acaba de hacer entrar en su cuarto á un hombre que no he podido conocer. (Vuelve á cerrar la puerta, y mira por la que está en el ángulo.) Aquí está.

ESCENA IV.

DICHOS.—EL BARÓN, entrando por la puerta del ángulo.

BAR. Compañeros! hay malas noticias.

TODOS. Qué sucede?

BAR. Han batido á la partida de Juan, y la siguen persiguiendo. Esperaban pasar el Rhin, y les ha sido imposible hacerlo, porque toda la ribera está guarnecida de soldados. No les ha quedado más recurso que el de internarse en el bosque de estos contornos; pero como también hay tropa, debemos protegerlos.

GAUF. Así lo dice el artículo 10.

BAR. Es preciso dar un golpe atrevido hoy mismo, llamando la atención de las tropas hácia el punto que ataquemos, y de este modo lograrán salvarse nuestros compañeros. Vamos á atacar al molino.

GAUF. Cuándo?

BAR. Dentro de una hora.

GAUF. Dentro de una hora! (Aparte.) Ya no estará Mariana.

BAR. Allí tenemos un enemigo peligroso.

GAUF. (Aparte.) El muy trucha no dice un rival en amor.

BAR. Dicen que es rica la molinera, en estos días debe haber recibido algunos pagos.

GAUF. Antes que se haga ningún reparto, reclamo doscientos ochenta francos que la llevé anoche.

BAR. Estais dispuestos?

TODOS. Sí.

GAUF. Pero y el prisionero? el reglamento manda que le salvemos.

BAR. (Con intención.) Tienes razón: es preciso cumplir el reglamento al pié de la letra.

GAUF. (Aparte.) Cómo me mira!

BAR. Teneis media hora de término para tomar las armas y los disfraces... venid después aquí donde pueda que tengamos que castigar á dos culpables. (A Gaufre.) Quédate.

GAUF. No las tengo todas conmigo... Si sabrá?...

ESCENA V.

EL BARÓN.—GAUFRE.

BAR. Hace seis días que llegó á tu posada un hombre con un caballo blanco y una capa con galón de plata.

GAUF. Cierto! Al otro día se marchó, como puede asegurároslo el panadero.

BAR. Tú le has dado muerte y le has robado. Montaste en su mismo caballo, te pusiste su capa, y al romper el día pasaste expresamente por delante de la tahona para que dijesen que eras el viajero.

GAUF. (Turbado.) Te han informado mal.

BAR. El reglamento prohibe toda empresa particular, y castiga la falta con la muerte.

GAUF. (Aparte.) Mucho aprieta.

BAR. Quién fué á las dos de la mañana con una linterna al cercado á enterrar un cofrecillo?

GAUF. (Aparte.) Caramba! Si sabe que está lleno de oro estoy perdido. A enterrar un cofrecillo? Fuí yo.

BAR. Lo confiesas?

GAUF. Confieso que fuí al cercado á enterrar un cofrecillo que contenía... (Bajo.) Nos oye alguien? (Aparte.) Demos el golpe de mano; (Alto.) que contiene unos papeles que prueban como Mariana no es mi hija.

BAR. No es tu hija?

GAUF. (Aparte.) Y digo la verdad. (Alto.) Ya habreis oido hablar del conde Bianville.

BAR. Sí por cierto, nadie sabe lo que ha side de él. Unos dicen que ha muerto, y otros que está en el extranjero.

GAUF. Pues Mariana es su hija, y yo tengo las pruebas; pero volvamos al viajero...

BAR. Hija del conde de Bianville!

GAUF. Y única heredera. El viajero me pidió de cenar y me dijo...

BAR. Ahora me acuerdo que me han hablado de una niña que desapareció...

GAUF. Pues como digo, el viajero...

BAR. Bien, ya te creo: pero cómo es que Mariana?...

GAUF. Escúchame. Tú no eras aún el barón Spachman de día y Pedro el Negro de noche, cuando yo me ejercitaba en algunas correrías con varios amigos, que fueron cayendo poco á poco en manos del conde de Bianville.

BAR. Pero qué tiene que ver?

GAUF. Ten un poco de paciencia. Yo quise conjurar la tempestad que me amenazaba, y se me ocurrió una idea que podría ponerme á cubierto en lo sucesivo. El conde Bianville tenía una hija, que por temor de las represalias, la había mandado secretamente á Normandía: yo tuve bastante maña para descubrir su huronera, y al cabo de tiempo y de mil trabajillos llegué á escamotear la chica.

BAR. Y para qué?

GAUF. Para que si el conde me llegara á echar la garra, decirle: «Quereis ver á vuestra hija? Yo sé donde está, y os lo diré si me dais todas las garantías necesarias para salir de Francia.» Los sucesos políticos han dado al traste con mi proyecto; pero aún conservo los medios de hacerla reconocer como hija del conde de Bianville, y en cuanto se divulgue la muerte de este buen señor, puedo hacer valer el derecho que la asiste sobre esa herencia, que dicen que es consi derable.

BAR. Inmensa.

GAUF. Me volverías á repetir el artículo 14 si te dijera: «Tú posición te da derecho á casarte con Mariana, á quien amas hace tiempo?»

BAR. Qué dices?

GAUF. Poco á poco. Me firmarás una obligación de pagarme una buena cantidad al día siguiente de la boda... ó mejor á la víspera.

BAR. Si me pruebas efectivamente que Mariana es hija...

GAUF. Lo mismo que te he probado que el viajero fué quien salió de la posada. (Rolando aparece en la puerta del ángulo.)

BAR. Silencio!

ESCENA VI.

DICHOS.—ROLANDO.—PASCUAL.

ROL. Señor! se ha cogido á un muchacho que andaba dando vueltas al castillo, buscando sin duda el medio mejor de introducirse en él. Había ya saltado la tapia del jardín.

BAR. Un desconocido?... Traedle.

GAUF. Poco á poco: acuérdate que estás malo... es preciso fingirlo bien.

BAR. Estoy en ello... (A Rolando.) Hazle entrar. (Rolando se va por el fondo.)

GAUF. Puede ser que sea un espía... ahora más que nunca es necesario estar con cien ojos.

ROL. (Entra y deja abierta la puerta.) Aquí le teneis. (Sale Pascual.)

GAUF. (Al barón, que se ha sentado junto á la mesa.) Es el idiota del molino.

BAR. No hay peligro entónces.

GAUF. (Aparte.) Quién sabe. (Alto.) Calla! Eres tú Pascual? A qué vienes á incomodar al señor Barón, que está delicado? ..

BAR. Qué hacías en el jardín?

PASC. Yo qué sé?

GAUF. Parece que has sabido saltar la tapia del jardín.

PASC. Toma!

BAR. Responde, no tengas miedo.

PASC. Un cordero perdido .. perdido un cordero.

GAUF. Y crees que ha saltado ese animalito una tapia de seis piés, para venir aquí de visita?

PASC. Toma!

BAR. (Bajo.) No le sacarás otra cosa.

GAUF. (Lo mismo.) No es nadie tan tonto sin alguna intención... yo no sé lo que me hace sospechar que ese muchacho es perjudicial. Si ha visto venir aquí á los hermanos, puede perdernos.

BAR. (Lo mismo.) Y si le buscan? Si Andrés que le tiene tanto cariño?...

GAUF. No hay nada mejor para guardar un secreto como la trampa que sabes .. á los ochenta piés debajo de tierra, nadie le oirá.

BAR. Tienes razón, es lo más prudente.

GAUF. (Llamando.) Rolando! (Este se acerca.) Aprieta el resorte. (Rolando se dirige á la puerta del fondo y aprieta un resorte de una trampa que está colocada delante de la puerta secreta: después de haberse cerciorado de que puede jugar, vuelve á donde está el Barón y les dice en voz baja.)

ROL. Ya está en disposición.

GAUF. Envíamele: tendrá que pasar por la trampa. (Va á colocarse en la puerta secreta.)

BAR. (Alto á Pascual, que ha quedado inmóvil en medio del teatro.) Ya conoces á Gaufré: entra allá con él para explicarle el motivo de tu venida.

GAUF. Ven conmigo; vamos allá dentro. (Pascual mira á Gaufré, da dos pasos y se detiene sentándose en el suelo y poniéndose á cantar.)

ROL. (Que ha estado espiando por el fondo.) El Cura Franval.

BAR. (Asustado.) El Cura! (Pascual sigue tarareando.)

GAUF. (Corriendo hácia Pascual y levantándolo.) Quieres callàr!

BAR. (Bajo á Gaufré.) El Cura le habrá oido: déjale.

ESCENA VII.

DICHOS.—FRANVAL.

FRANV. Señor Barón!...

BAR. Qué feliz casualidad es la que me proporciona la dicha...

FRANV. (Reparando en Pascual.) Calla! tu aquí? que haces aquí muchacho?

PASC. Cordero perdido... perdido.

FRANV. Espérame, y te llevaré luego al molino.

PASC. Bueno.

GAUF. (Aparte.) Dios quiera que yo me engañe. (Alto á Pascual.) Ve á esperarle allá dentro. (A Rolando.) Cierra la trampa.

(Rolando asegura el resorte después de haber puesto un sillón á Franval, y se va con Gaufré y Pascual.)

ESCENA VIII.

FRANVAL.—BARON.

FRANV. Es un asunto de honor y delicadeza el que me ha obligado á venir á incomodaros, señor Barón.

BAR. (Sin levantarse.) Siempre sereis recibido como mereceis... De qué se trata?

FRANV. Habitais este castillo desde que vinísteis á este país?

BAR. Ya hace algunos años.

FRANV. Acabo de saber, de un modo que no me es posible declarar, que en tiempo de la revolución se ocultó en este castillo la enorme cantidad de trescientos mil francos.

BAR. Trescientos mil francos!

FRANV. En oro, billetes y alhajas. Oculta como os digo en esta casa ó en alguna de sus dependencias; vengo por lo tanto á pediros el permiso de hacer algunas investigaciones...

BAR. Con el mayor gusto, señor Cura: podeis disponer de mí y de todos mis criados... (Con interés marcado.) á no ser que os acompañen otras personas para esto.

FRANV. Me he guardado muy bien de hacerlo.

BAR. (Con intención.) Comprendo vuestra reserva. Con que según eso, nadie sabe que habeis venido?

FRANV. Como no sea Pascual, nadie más lo sabe... y eso porque me ha visto ahora.

BAR. Yo no sé si ha sido el placer que me causa vuestra visita.. lo cierto es que me siento mucho mejor; si quisiérais aceptar un desayuno de convaleciente...

FRANV. Lo acepto sin cumplimientes... así como así tengo apetito... el fresquecillo de la mañana...

BAR. (Tocando una campanilla.) Me permitireis que dé algunas órdenes... (Levantándose y dirigiéndose á Rolando que se presenta.) Dos cubiertos. (Bajo.) Tres hombres armados en el corredor, y á una seña mía... (Le habla al oido.)

ROL. (Bajo.) Han de morir los dos?

BAR. (Lo mismo.) Los dos. (Vase Rolando por la puerta del ángulo. Alto.) Si lo permitís podemos pasar...

FRANV. (Levántandose.) Donde gusteis.

BAR. Durante el almuerzo pueden traer algunos utensilios necesarios... siempre será menester una piqueta, alguna barra...

FRANV. No hace falta por hoy.

BAR. Pues cómo?

FRANV. Hasta esta tarde no puedo saber el sitio en que está oculto el tesoro.

BAR. Ah! Con que no lo sabeis vos?

FRANV. El escribano debe entregarme los papeles que hace tiempo obran en su poder; en ellos encontraré todos los pormenores.

BAR. Perfectamente. (Viendo á Rolando que entra.) Ya vienen sin duda á decirnos que está esperándonos el almuerzo. (Bajo á Rolando.) Ya no hay necesidad de lo que te he dicho. Haz que vuelvan los compañeros, y ven á llamarme con cualquier pretesto. (Vase Rolando.) Será preciso no perderle de vista. (Alto.) Mil perdones, señor Franval: secreto por secreto, y servicio por servicio.

FRANV. Es muy justo.

BAR. (Aparte.) Lo creerá. (Alto.) Dentro de poco tiempo me veré obligado á contraer secretamente un enlace por razones que no me es posible declararos: puedo contar con vuestro apoyo?

FRANV. Estoy siempre á vuestras órdenes en todo lo que no sea contrario á mi deber.

BAR. Pensair ir hoy mismo á casa de ese escribano?

FRANV. En eso pienso: por qué lo preguntais?

BAR. Porque nos citaríamos entonces en un mismo sitio para los dos asuntos.

FRANV. Como querais.

BAR. Si no os molesta, podeis esperarme esta tarde entre seis y siete en la antigua capilla de este castillo.

FRANV. Allí estaré.

BAR. Pues convenido: vamos á almorzar. (Rolando vuelve á aparecer como anunciando que el almuerzo espera. El Barón y Franval se van y aquel les mira un momento.)

ESCENA IX.

ROLANDO, mirándolos.

Qué diablos tiene que ver con nosotros ese Cura? Nunca he visto al Barón tan perplejo como hoy. Me dice que prepare tres hombres y luego dice que no es menester, y se va á almorzar... Pero á mí qué me importa? Me parece que el señor Cura y ese muchachuelo no tienen, sin embargo, muchas horas de vida.

ESCENA X.

ROLANDO.—GAUFRE.

GAUF. (Entra por el fondo con el traje de bandido.) Aquí me teneis ya armado de punta en blanco. Con que el Barón está tomando un sopicaldo mientras almuerza el Cura? Vamos allá! el otro tonto de Pascual, está mirando á las ventanas y parece que cuenta las piedras. (Llaman á la puerta secreta.)

ROL. Aquí estan los hermanos. (Abre y entran Brin y los bandidos armados y disfrazados.) Voy á buscar al Barón. (Vase.)

BRIN. Sabeis, papá Gaufré, que me parece haber oido ahora mismo la voz de Max?

GAUF. Max! estás loco. No sabes que está en un calabozo?

BRIN. Sí, ya lo sé: sin embargo, juraría que le había oido en la sala baja.

GAUF. Estás soñando.

BRIN. Sí, eh? pues mirad... qué tal?

GAUF. (Mirando á la izquierda.) Max! es posible!

ESCENA XI.

DICHOS.—BARON.—MAX.—ROLANDO.

(Max entra alegremente recibiendo las felicitaciones de sus compañeros: el Barón le sigue muy cerca.)

BAR. (A Gaufré.) Qué dice el artículo 7.º del reglamento?

GAUF. Cuando un hermano caiga prisionero, todos reunirán sus esfuerzos para salvarle.

BAR. Max estaba prisionero y aquí le teneis.

GAUF. Quién te ha libertado?

BAR. (A Max.) No teníais un centinela delante de la puerta, dos á cada lado y detrás el torrente?

MAX. Sí, señor.

BAR. Un hombre se acercó nadando á tu calabozo, arrancó los hierros de la reja y te dijo: arrójate al agua: tu lo hicistes así, y él mismo te llevó en sus hombros á la orilla: es cierto?

MAX. Sí, señor.

BAR. Quién fué ese hombre?

MAX. Vos, señor.

TODOS. El Barón!

BAR. Gaufré, que dice el artículo 19?

GAUF. Todo hermano que haga la más pequeña revelación tiene pena á la vida.

BAR. (A Max.) Lo oyes?

MAX. Qué quereis decir, señor?

BAR. Que has hablado, é ibas á decir más.

MAX. Ah! Señor! ya me arrepiento de haberlo hecho.

BAR. (Que ha hecho una seña á Rolando.) Hablarías otra vez.

MAX. Me habeis salvado.

BAR. Para que mueras sin comprometernos.

MAX. Perdón.

BAR. Silencio. (Rolando empuja el resorte de la trampa.) Vas á morir.

MAX. Que sea peleando.

BAR. No, aquí mismo. (Se va acercando á él y Max retrocede.)

MAX. Todavía no.

BAR. Vosotros, aprended. (A Max.) Muere (Se acerca y Max retrocede, pone el pié en la trampa y se hunde dando un grito.)

ROL. (En el fondo) El cura! (A esta voz todos los bandidos desaparecen por diferentes puertas, quedando solos el Barón y Rolando)

ESCENA XII.

EL BARON.—ROLANDO.—FRANVAL.—PASCUAL.

FRANV. Señor Barón, no sois buen anfitrión... Me dejais almorzando solo.

BAR. Perdonadme, señor Franval... me sentía algo indispuesto.

FRANV. Reposad un poco... por mí no alterais la costumbre... Hasta luego, señor Barón.

BAR. Hasta la tarde... en la capilla antigua... perdonadme que no os acompañe ahora..

FRANV. Nada de cumplimientos: ya sé el camino... Vienes tú, Pascual? (Este lo sigue sin responder.)

BAR. (Poniéndose las armas y el velo negro que le trae Rolando.) Mi reloj.

ROL. Aquí está.

BAR. Ahora al molino.

BANDIDOS. (Apareciendo por diferentes lados y cubriéndose la cara con un velo negro.) Al molino!

CUADRO SEGUNDO.

El patio del molino; en el fondo éste con una grande escalera: á la derecha pared de cerca con una gran puerta: al mismo lado, en primer término, un pajar abierto hacia el público; á la izquierda otra pared con una puerta más pequeña que ocupa todo el lado; en primer término un tonel de pié.

ESCENA PRIMERA.

OCULI.—PABLO.

OCULI. (Entrando por la izquierda.) Brin! Brin! No me oye ese santo varón... Puede que esté fuera... Pero tan temprano, á dónde diablos ha de haber ido?... Tenía que llevar á Marianita... Brin! A otra puerta.

PAB. (En lo alto de la escalera y componiendo los sacos de harina.) A qué tanto grito? No está ensillado todavía el caballo del amo?

OCULI. Pues por eso doy voces... Brin!

PAB. Estará fuera .. No quieres salir del patio?

OCULI. Un demonio! Habiéndose escapado Max...

PAB. Cobarde!

OCULI. Sí que lo soy, y qué tenemos? Tengo obligación de tener valor?

ESCENA II.

OCULI.—ANDRÉS, entrando por la puerta grande.—PABLO entra en el molino.

AND. Vamos, está ensillado el caballo?

OCULI. No señor: hace una hora que estoy llamando á Brin.

AND. Pues ensíllalo tú, y me harás un favor.

OCULI. Con mucho gusto... pero...

AND. Vamos, vé pronto. (Le empuja y le hace salir por la izquierda. Mariana sale del molino y baja la escalera.) Mariana! Yo creí que os habíais marchado hace tiempo.

ESCENA III.

MARIANA.—ANDRES.

MAR. No habeis querido que me fuera sola, y Brin, qué debía acompañarme, no ha parecido desde esta mañana.

AND. A dónde puede estar ese muchacho? Sabeis que se ha escapado el preso?

MAR. Sí, á las dos de la mañana: ya lo oimos cuando os vinieron á llamar.

AND. Con que según eso no habeis dormido?

MAR. Estaba tan contenta de encontrarme en vuestra casa, que el gozo me ha desvelado. He estado guardando el sueño á vuestra madre, á quien he dado tres besos mientras dormía, sin que lo sintiera. Como no he conocido á mi madre...

AND. Muy pronto tendreis una.

MAR. Es una dicha tan grande, que me parece mentira.

AND. Ojalá digais lo mismo cuando nos veamos unidos.

ESCENA IV.

DICHOS.—OCULI.

OCULI. Iscariote os espera.

AND. Quién?

OCULI. Iscariote... vuestro caballo... le he puesto este nombre.

AND. Vaya en gracia! (A Mariana.) Voy á dar aviso de la fuga de ese malhechor.

MAR. Es por ventura de la partida de Pedro el Negro?

AND. Así me lo confesó.

OCULI. Ya me lo temía.

AND. Dijo que sus compañeros están por estos alrededores, y esta mañana han venido á avisarme de que han visto varios hombres de mala facha

por las cercanías del castillo del barón Spachman.

OCULI. (Desde la puerta de la izquierda.) Iscariote se desespera, señor Andrés... tiene ganas de andar.

ESCENA V.

DICHOS.—URSULA.

URS. (Bajando del molino.) Aún estás aquí? Cómo os eso? Perezoso! Despáchate: los días son muy cortos, y no me gusta que vuelvas tarde.

MAR. Lo oís, Andrés?

AND. No tengais cuidado, madre mía... Estaba pensando quién llevaría á Mariana á su casa... Brin no está en el molino...

URS. Oculi puede acompañarla.

OCULI. Señora! Tengo miedo... por esta señorita...

AND. Cobarde! Te se dará una escopeta.

OCULI. Nada de eso: yo iré, pero sin escopeta... me la quitarían, y me enviarían al otro mundo con ella.

URS. Por Dios, Andrés, vete pronto.

AND. Ya me voy... Adios, madre mía, adios Mariana. (Se va por la puerta de la izquierda con Oculi.)

ESCENA VI.

URSULA.—MARIANA, después OCULI.

MAR. Os doy mil gracias, señora, por todas vuestras bondades. Mi tardanza debe tener inquieto á mi padre, y con vuestra licencia voy...

URS. Sí, hija mía... haz lo que gustes... el señor Franval medio me ha insinuado cierto asunto...

MAR. Os ha hablado?

URS. Te salen los colores á la cara? Muy pronto nos veremos para hablar despacio... (Oculi entra.) Pero aquí está Oculi... estás dispuesto?

OCULI. Sí, señora. (Se oye á lo lejos la señal de los bandidos.) Vamos allá! ya empiezan los buhos con su música... malditos pajarracos! Decidme, señora; una vez que acompaño á esta señorita, no podriais

mandar que alguno me acompañase tambien?

URS. Tienes miedo?

MAR. Qué quieres que nos suceda á la mitad del día?

OCULI. Con la claridad se vé el peligro... más á las claras: pues! (Mariana se despide de Ursula y se vá con Oculi por la derecha.)

ESCENA VII.

URSULA.—PABLO. Este ha salido del molino para bajar un saco que está á la puerta.

URS. No ha vuelto aún Pascual?

PAB. No señora.

URS. Es cosa particular! todos están hoy en el campo. Quién ha quedado aquí?

PAB. Solo estamos cuatro.

ESCENA VIII.

DICHOS.—OCULI, y después MARIANA.

OCULI. (Entrando muy azorado y atravesando el teatro corriendo.) Socorro! socorro! aquí los tenemos!

URS. Qué es eso?

OCULI. Todos tienen la cara negra... parecen demonios.

URS. Está loco! Pablo, ve a ver...

MAR. (Entrando aterrorizada.) Señora! Señora! los bandidos!

URS. Los bandidos!

MAR. A cien pasos de aquí...

URS. Cerrad pronto las puertas... pronto! (Pablo cierra la puerta de la derecha, y la atranca.)

MAR. (Aparte asustada.) A uno se le ha caido el velo, y he visto... sí, no me cabe duda...

URS. (Acercándose á Mariana aterrada.) Y mi hijo?

MAR. Ah! (Con alegría y señalando la puerta de la izquierda.) No, no: se fué por ese lado.

OCULI. Vale más morir de miedo, que de un tiro.

URS. (Llamando.) Magdalena! Brígida! sacad las escopetas... las hoces... (Salen dos criadas del piso bajo

del molino, y otra del de arriba; señalando la puerta de la izquierda.) Esa puerta, Pablo, esa puerta!

PAB. (Corriendo á la puerta de la izquierda y procurando cerrarla.) Están empujando de fuera... venga una escopeta... una escopeta! (Una criada se la trae.)

ESCENA IX.

DICHOS.—FRANVAL, y después PASCUAL.

FRANV. (Empujando la puerta.) Demonio! teneis buen modo de recibir á los amigos.

URS. Ay, señor Franval!... los bandidos... (Todos se acercan á Franval.)

FRANV. Los bandidos?

MAR. (A parte.) Sí, él era: no me cabe duda... le he conocido.

PAB (En lo alto de la escalera.) Aquí vienen!

FRANV. Con que no es broma?... Ea, pues! adentro todas las mujeres.

URS. Pero...

FRANV. No hay pero que valga... todas las mujeres al molino.

OCULI. (Corriendo el primero.) Las mujeres! Yo lo soy... cuando tengo miedo renuncio á mi sexo. (Sube la escalera y se entra el primero.)

URS. No os espongais.

FRANV. No tengais cuidado... (A las mujeres.) Sostened á esta pobre niña... se va á desmayar... pronto adentro. (Ursula, Mariana, y una criada que la sostiene entran en el piso bajo: otras dos en el molino: Franval queda solo con cuatro mozos y Pascual, que ha entrado poco después del cura.) Ea! muchachos, valor! Si no nos defendemos vigorosamente estamos perdidos. (A un mozo.) Vé á atrancar la puerta. (La de la izquierda.)

MOZO. Sí señor.

FRANV. (A Pablo.) Colócate en parte segura, y no malgastes la pólvora. (Pablo se coloca en una tronera que hay al lado de la puerta de la derecha)

PAB. Obedezco, mi capitán.

FRANV. Tu capitán? bueno. (A otro.) Tú en lo alto de la escalera y dinos lo que pasa. (El mozo sube quedándose á la puerta del molino; á Pascual señalándole el pajar.) Tú allí... pobre chico! No comprende su situación! (Mientras que todos se han ido colocando en sus respectivos puestos, Pascual entra en el pajar: revuelve la paja como buscando alguna cosa, y saca una carabina: prueba la llave, mira si tiene cebo, y satisfecho de su buen estado, la vuelve á ocultar debajo de la paja, tumbándose encima.)

MOZO. (En lo alto de la escalera) Ya se acercan... se preparan á hacer fuego.

FRANV. Ponte á cubierto.

PAB. (Desde la tronera.) Apunten!

FRANV. Detente! Es preciso que ataquen los primeros, para que la sangre que va á derramarse caiga sobre sus cabezas.

MOZO. (En la escalera.) Señor Cura! Señor Fran... (Suena un tiro de adentro y cae.)

FRANV. Qué le dije yo! Fuego! Hijos mios, fuego! Le han asesinado!... fuego! (Pablo y otro hacen fuego por la tronera: otro desde la escalera.)

PAB. Están muy cerca... no puedo apuntar... quieren echar abajo la pared con una gran viga.

FRANV. Sube en esa carreta, y tira por encima de la tapia.

PAB. Voy á estar descubierto, y es arriesgado... tengo hijos.

FRANV. Tienes razón. (Sube á la carreta.) Ponte detrás de mí y tira. (Pablo se coloca detrás de Franval y hace fuego.) Ya lo ves... no hay peligro ninguno.

PAB. (Mirando.) Uno ha caido... y es de los que traian la viga.

FRANV. (Mirando.) Parece que se retiran. (Baja de la carreta.)

PAB. (En la carreta.) Ya no tengo miedo...

FRANV. Valor! Firme sobre ellos.

PAB. Ya vuelven.

FRANV. Venga un fusil... Dios me manda defender mi rebaño... venga pronto. (Pegan fuertes porrazos en la pared.)

PAB. Van á echar abajo la pared... estamos perdidos.

FRANV. Entremos en el molino... las descargas se han de haber oido lejos... y vendrán á socorrernos... Entrad, entrad. (Suben.) No dejeis aquí á este infeliz. (Franval y los mozos suben la escalera llevándose el cadáver: cuando están dentro del molino, se desploma la pared de la derecha, y entran los bandidos cubiertas las caras con velos negros ó pintadas y dando gritos.)

ESCENA X.

PASCUAL, en el pajar.—PEDRO.—GAUFRE.—ROLANDO.—BRIN.—BANDIDOS.

BAR. Maldición! cinco hombres muertos en un ataque de esta especie.

BRIN. Se han metido en el molino.

ROL. Ya estaban prevenidos. (A Gaufré.) Te repito que te ha visto una muchacha que se vino corriendo.

GAUF. Pero cuándo?

ROL. Cuando te se cayó el velo.

GAUF. No puede ser.

ROL. Por fortuna no escapará ninguno.

BAR. (Que ha puesto en orden á su gente y ha examinado el molino.) El molino ha de ser nuestro.

BANDIDOS. Al molino! Al molino!

GAUF. Es inutil esponerse uno... (Se oculta detrás de un tronco de árbol. Los bandidos dan el asalto, rechazándolos los de adentro con un fuego muy vivo: varios caen y los demás bajan en confusión.)

BAR. Cómo es eso? Volveis piés atrás? (Saca el reloj y le pone encima del tonel.) Si dentro de cinco minutos no sois dueño de esa bicoca, muere á mis manos todo el que no se deje matar por esos miserables.

TODOS. Al asalto! Al asalto!

UN BAND. Yo apunto á aquella ventana, donde estoy viendo al cura: no se me escapará. (Este se halla colocado junto al pajar. Pascual ha observado todos los movimientos: cuando va á apuntar, le descerraja un tiro y le mata.)

PASC. (Volviéndose á tumbar.) Once!

BAR. Valor, compañeros! (Vuelven á subir la escalera amortiguándose el fuego.) Desquiciad la puérta con la viga. (Traen por la derecha una gran viga para derribar la puerta, al mismo tiempo se oye gritar á Andrés por el otro lado.)

AND. Aquí de los míos! Mueran esos malvados. (Cae la puerta de la izquierda y entran Andrés y una multitud de paisanos armados haciendo fuego en cuanto se présentan.)

ESCENA XI.

DICHOS.—ANDRÉS.—PAISANOS.

BAR. Andrés!

AND. Fuego en ellos!

BAR. Maldición! En retirada, amigos, en retirada! (Los bandidos se replegan hácia la derecha con su jefe sin dejar de hacer fuego.)

AND. Valor los del molino!... Una salida... (Salen los mozos del molino y guarnecen la escalera haciendo fuego.)

BAR. (Conforme van saliendo.) A las siete en la capilla. (Corre la palabra entre ellos y desáparecen: El Baron se va el último: los paisanos guarnecen la brecha; los del molino bajan á la escena.)

ESCENA XII.

PASCUAL.—ANDRÉS.—FRANVAL.—MARIANA.—URSULA. MOZOS del molino.—PAISANOS.

AND. Madre mia! Mariana!

URS. Andrés! Hijo mío!

AND. Pobre Mariana! Estais cadavérica...

MAR. (Bajo.) Ya sabreis por qué.

AND. (Bajo.) Hablad.

MAR. (Lo mismo.) Solo á vos...

AND. Pero..

MAR. A las seis en la capilla.

AND. No faltaré.

FRANV. (Cogiendo el reloj que ha quedado encima del tonel.) Se han dejado un reloj!

URS. (Mirando.) Qué miro! Será posible? Andrés! Es el reloj de tu padre!...

AND. Sí, el que le regaló al padre de Pascual.

PAB. Yo lo he visto poner aquí al jefe de la partida.

AND. Esos bandidos son entónces los que que quemaron nuestra granja y asesinaron al pobre viejo. Juro á Dios que no ha de quedar uno vivo!... (Alos mozos.) Fuego en ellos! Fuego! (Los molineros y los paisanos hacen una descarga cerrada en la dirección que han tomado los bandidos. Mariana pálida y casi sin sentido cae en los brazos de Andrés acudiendo Ursula á socorrerla: cae el telón.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un paisaje pintoresco situado á la estremidad del parque del Barón; la verja del parque á la izquierda: en segundo término un camino con árboles á uno y otro lado: en el fondo, rocas que se estienden en diversas direcciones: á la derecha la entrada de una selva; á la izquierda y en tercer término una capilla; en el costado de ésta que da frente al espectador una ventana ogival con los vidrios rotos; debajo la entrada de un subterráneo cubierto de malezas.

ESCENA PRIMERA.

GAUFRE.—BRIN.—BANDIDOS. Al levantarse el telón la escena está enteramente sola. Se oye á la izquierda el graznido de un buho. El mismo sonido se repite á la derecha y vuelve á repetirse saliendo de en medio de las malezas que ocultan la entrada de la caverna. Las malezas se separan, y un bandido que sale deja ver una escalera por donde se baja al subterráneo. Brin sale del bosque por la derecha; Gaufré sale del palacio del Barón por la izquierda. Empieza á anochecer.

GAUF. Han contestado á la señal; nada tenemos que temer.

BRIN. Ola! Gaufré! Ahora van á conducir aquí, para que le cureis, á ese pobre Pedro el zurdo. Mal parado ha quedado de la refriega.

GAUF. No acabarán nunca de traer heridos? Este es el octavo. Las gentes de ese maldito molino se han defendido como leones.

BRIN. Afortunadamente los subterráneos del castillo que comunican con esa capilla, son bastante espaciosos, y nuestros camaradas podrán curarse en ellos cómodamente.

GAUF. (Aparte.) Según y conforme. (Alto.) No hay duda en eso, mi específico es escelente para todas las heridas.

BRIN. De todo entendeis, amigo Gaufré. Teneis el reglamento en la punta de los dedos, como si fuérais su autor; y sois tambien el médico de la banda. (Señalando á la caja de píldoras que Gaufré tiene en la mano.) Vuestras píldoras para las heridas son infalibles.

GAUF. Con todo, no hay que tener tanta confianza en su virtud, mucho menos en este tiempo. Estamos á últimos de otoño, y la estación no es buena para las heridas.

BRIN. Pues yo creía que me habíais dicho otras veces que el invierno era peor para eso.

GAUF. El invierno es malo, y el verano muy peligroso también, sin que esto quiera decir que el otoño es mejor; cada herida tiene una estación á propósito para curarse. Si se recibe en otra distinta, puede ser mortal, aunque no parezca más que un arañazo. Además, la manera de vivir y la profesión del herido influyen tambien en la cura. Verbi gracia, en nuestra profesión todas las heridas que se reciben en la cara ó en otra parte descubierta del cuerpo son casi siempre mortales.

BRIN. Verdad es... Me acuerdo que la última vez que atacamos á la diligencia, Philemon fué el único que salió herido de un balazo, que le llevó las narices. La herida no era muy peligrosa... le hicisteis tomar una de vuestras píldoras, y á la media hora ya había muerto.

GAUF. Porque tenía la herida en la cara; no te lo he dicho?

BRIN. Es particular, siempre sucede lo mismo.

GAUF. (Con viveza y aire de importancia.) Pues majadero, no ves que eso consiste en el contacto del aire, que encona las llagas por medio de las moléculas venenosas esparcidas en la atmósfera? las heri-

das que no están á cubierto de su maléfica influencia por alguna parte de vestido que neutralice y absorba los miasmas deletéreos... Eh! qué tal?

BRIN. Ya; si hablais en latin es claro que tendreis razón. (Dos bandidos traen en este momento á Pedro el Zurdo, herido y le colocan en el suelo en medio del teatro.) Pero... aquí traen ya al pobre Pedro.

GAUF. (Acercándose á Pedro.) Vamos! Animo! Qué tal? (Aparte.) Maldita herida! No era necesario más para descubrirnos, con una cicatriz como esta en mitad de la cara... (Alto.) Eh! Pedro! No me respondes? Valor, qué diantre! Eso no vale nada.

PED. (Quejándose.) Ay! ay!

GAUF. Te duele, eh? Buena señal! Buena señal! (Dándole una píldora.) Toma, guarda esto... y trágatela esta noche al acostarte.

PED (Quejándose.) Ay! ay! ay!

GAUF. No tengas cuidado, á la noche ya no te dolerá nada.

BRIN. (Aparte.) Lo creo.

GAUF. (A los bandidos.) Llevadle al subterráneo... voy con vosotros á visitar los demás heridos.

BRIN. Os recomiendo á Estéban que le ha entrado una bala por el carrillo derecho.

GAUF. Malo! Muy visible es esa herida.

BRIN. Eso digo yo... pero lo que es á él no le parecerá lo mismo. (Se llevan á Pedro al subterráneo. Gaufré los sigue; Brin va á entrar también, pero Rolando que sale del Parque le detiene.)

ESCENA II.

ROLANDO.—BRIN.

ROL. (Dando en la espalda á Brin.) Escucha un instante: el Capitán quiere saber noticias de la Aldea. Te has atrevido á volver al molino?

BRIN. Qué remedio!... El Capitán me lo mandó... Entré con pretexto de que me había entretenido

pescando truchas en el arroyuelo vecino; nadie ha recelado nada, y gracias á esto, he podido ver á ese maldito Andrés, que según dijo al montar á caballo, iba á la ciudad á dar parte del ataque de esta mañana, y á pedir que envíen al molino un destacamento de caballería.

ROL. Ya trataremos de recibirle como corresponde... Y el Cura?

BRIN. Se ha quedado en el molino.

ROL. Entónces no podremos saber donde está el tesoro de que el capitán nos ha hablado.

BRIN. Los trecientos mil francos?

ROL. Sí, el Cura debía ir á la ciudad para averiguar en qué paraje están ocultos.

BRIN. Pues no ha ido á la ciudad... pero ha enviado en su lugar á Pascual á casa de un escribano.

ROL. A Pascual?... A un imbécil semejante?

BRIN. Por eso mismo nadie desconfía de él. Tiene suficiente entendimiento para llevar una carta donde le mandan, y es bastante animal para no conocer que su comisión puede costarle la vida. (Pascual bajá de las rocas: lleva su calzado de madera colgado del cuello con un bramante; descubre al momento á los ladrones y se acerca á ellos, y los escucha sin que le vean.)

ROL. La vida?

BRIN. (Señalando el camino.) He apostado al Cruel y á el Cachazudo que le esperan emboscados allá abajo. Precisamente tiene que pasar por ese camino para volver á casa del Cura... y no se nos escapará, no hay cuidado. Se apoderarán en seguida de la carta que contiene las señas del sitio donde están ocultos los trescientos mil francos, y en lugar de enviar al otro mundo al Cura como pensábamos hacer, se envía á ese imbécil de Pascual cuya desaparición apenas será notada de nadie.

PASC. (Aparte enseñando la carta.) Vaya!

ROL. Y si por casualidad no pasa por aquí, y entrega al Cura la carta?

BRIN. Entonces peor para el Cura; le costará el pellejo,

si se atreve á venir al castillo por el tesoro escondido.

ROL. Tienes razón. Voy á referir al Capitán las noticias que me has dado, y á advertirle también le del destacamento. (Se va por la verja.)

BRIN. Bien hecho. . yo voy á ver qué tal le ha sentado la píldora á Pedro. (Entra en el subterráneo.)

ESCENA III.

PASCUAL, solo, después MARIANA.

PASC. (Sigue atentamente con la vista á los dos bandidos que se separan. Luego que se asegura de que está solo, oculta con mucha precaución entre las ramas su carabina, que traía ceñida á la cintura y cubierta con la blusa. Despues examina en silencio la carta, se lleva la mano á la cabeza, y dando señales de la mayor confusión, concluye por decir con aire de enfadado.) No sé leer!

MAR. (Entrando por el fondo.) Estoy temblando!... Dios mío! tened piedad de mí... Si alguno me viera? (Mariana acaba de bajar las rocas. Pascual que ha estado hasta entonces confuso, apenas la vé, parece toma una resolución: rompe el sello de la carta y se la presenta á Mariana abierta.)

PASC. (A Mariana.) Leed!

MAR. (Asustada.) Ah!

PASC. (Con voz suplicante y haciéndola señas para que se calle.) Leed!

MAR. Qué quiere decir?... (Toma el papel y lo lee alto.) «Cerca del tercer pilar, á la derecha del coro de la capilla, debajo de una ancha piedra señalada con una cruz.»

PASC. (Con mucha atención.) Otra vez!

MAR. (Volviendo á leer.) «Cerca del tercer pilar, á la izquierda del coro de la capilla, debajo de una ancha piedra señalada con una cruz.» Qué significa esto?

PASC. (Cogiendo la carta.) Toma! (Mira á la capilla, parece reflexionar un momento. De repente rompe la

carta y arroja los pedazos al suelo, y entra precipitadamente por la puerta pequeña de la capilla.)

MAR. (Viéndole ir.) Pobre muchacho!

ESCENA IV.

MARIANA.—Después ANDRÉS.

MAR. Por fin ya estoy sola. Andrés no ha venido aun... tengo miedo en este sitio... Y sin embargo, tiemblo de ver aparecer á Andrés... Dios mío! Qué le diré? Cómo revelarle que soy la hija de un... No, no, jamás me atreveré á decírselo... Mas si yo le digo únicamente que nuestra unión es imposible, sin darle la razón, creerá que le he engañado... Oh! No, no, ántes morir mil veces que hacerme digna de su desprecio... Oigo pasos... él es!... Oh! Me abandonan las fuerzas.

AND. (Entra tarareando con alegría.) Cómo? Mariana, ya estás aquí? Antes que yo?... Oh! Me avergonzaría de mi pereza, si no fuese tan dichoso.

MAR. (Con turbación.) Andrés!...

AND. Una cita tuya... No me atrevía yo á esperar tanto.

MAR. Te he citado aquí porque tengo que revelarte cosas... cosas bien tristes, Andrés.

AND. Y yo que venía aquí tan contento... Pero qué es ello?

MAR. Antes es preciso que me jures...

AND. Amarte toda mi vida?

MAR. No, no... Oh! No es eso.

AND. Cómo? No quieres que te ame toda mi vida?

MAR. Escucha, Andres, y júrame por la memoria de tu padre, que no revelarás á nadie lo que te voy á decir.

AND. Me asustas.

MAR. Lo juras?... No puedo hablar sino con esta condición.

AND. Y bien, yo lo juro; pero por qué razón...

MAR. Sí, debo hablar aunque me cueste caro, aunque

sacrifique por ello la felicidad de mi vida. Todo lo sabrás.

AND. Todo!

MAR. Y cuando sepas este horrible secreto...

AND. Un secreto horrible!

MAR. Al menos tendrás lástima de la pobre Mariana.

AND. En nombre del cielo! explícate, Mariana.

MAR. Silencio! alguien viene.

AND. (Deteniéndola y mirando al fondo.) No temas, es el Cura.

MAR. Ah! déjame huir, que no me vea aquí contigo.

AND. Y por qué?

MAR. No, no quiero que nos vean juntos... procura alejarte de este sitio, y vuelve después...

AND. Pierde cuidado.

MAR. Aquí está ya... Voy á esconderme en la capilla. (Entra precipitadamente en la capilla. Durante las últimas palabras de esta escena se ha visto á Pascual bajar por la ventana ojiva llevando una cajita. Salta en tierra con ligereza, va á coger su carabina que oculta debajo de la blusa, y desaparece por la derecha: durante este tiempo el Cura ha bajado ya á la escena por el fondo.)

ESCENA V.

ANDRÉS. — FRANVAL.

AND. Qué será lo que quiere decirme? Su turbación y el desorden de las pocas palabras que ha dejado escapar, me inquietan demasiado. Ah! sí, quiero saberlo cuanto antes... procuraré alejar al Cura de aquí.

FRANV. (Aparte.) Voto al diablo!.. Como yo hubiera dicho cuando era soldado... Andrés aquí... y el Barón que me encargó que viniese solo.

AND. (Levantándose.) Buenas tardes, señor Cura.

FRANV. Buenas tardes, amigo Andrés. Qué diantres haces aquí á estas horas?

AND. Vengo de la ciudad, á donde he ido á pedir un

refuerzo de gendarmes para seguridad del molino. No tardarán en llegar.

FRANV. Muy bien hecho; pero ya va siendo tarde, y tu madre estará con cuidado: por qué no te retiras á casa para tranquilizarla?

AND. Sí, ya iré, señor Cura, pero... estoy algo cansado... Los sucesos de esta mañana... y luego el camino... la fatiga... (Sentándose.) Ah!

FRANV. (Aparte.) Calla, y se sienta? Pues estoy fresco. (Alto.) Vamos hombre, ten más ánimo, no está tan lejos tu casa... qué se dirá de un mocetón como tú? Ea, en marcha; no seas flojo.

AND. Perdonad, señor Cura, pero no puedo moverme... Si tuviérais la bondad de pasar por casa cuando deis la vuelta á la aldea y tranquilizar á mi madre... podría descansar un rato aquí... Nada os cuesta ese favor... y sois tan bueno...

FRANV. Sí, es cierto, no me cuesta nada. (Aparte.) Y me envía á pasear cortesmente! pues esta es otra... Si yo pudiera llevármele de aquí, volvería luego después. (Alto.) Conque estás tan cansado?

AND. Mucho! no puedo tenerme en pié.

FRANV. Pues lo siento... porque yo no voy ahora á la aldea, sino á otra parte... y el caso es que tampoco mis piernas están ya muy fuertes, y tengo que subir por esa cuesta que es algo áspera... si no estuvieras tan rendido te pediría el apoyo de tu brazo.

AND. (Levantándose.) Con mucho gusto, señor Cura... (Aparte.) Le dejo en lo alto de la colina y vuelvo corriendo.

FRANV. Pero hombre, si decías ahora poco que estabas tan cansado... Sería una crueldad hacerte subir una cuesta tan áspera.

AND. No, no tengais cuidado. Este momento que he descansado aquí, me ha devuelto ya todas mis fuerzas.

FRANV. Enhorabuena... Acepto tu brazo... Vamos pues. (Aparte.) En lo alto de la cuesta le dejo y me vuelvo aquí á esperar al Barón. (Se alejan agarrados del brazo.)

AND. (Aparte.) Con tal que Mariana me espere... (El

Cura se aleja por la vereda apoyado en el brazo de Andrés. Durante la última parte de esta escena, Brin y Gaufré han salido con precaución del subterráneo y oyendo hablar al Cura y Andrés, se van adelantando á la escena á medida que aquellos se alejan.)

ESCENA VI.

BRIN.—GAUFRÉ.—Después EL BARON.—ROLANDO.—BANDIDOS.

BRIN. (Aparte.) El Cura! Andrés!... (Los sigue con la vista y va á colocarse al lado del parque, entretanto que Andrés y el Cura suben por las rocas del fondo. Montando la escopeta.) Qué buena ocasión para matar de un tiro dos pájaros... Es necesario aprovecharla.

GAUF. Pues á ello.

BRIN. (Apuntándolos.) Apunten!

GAUF. Fuego!

BAR. (Saliendo del parque seguido de Rolando.) Detente Brin, ó eres muerto.

BRIN. Pedro el Negro!

BAR. Torpe! Qué ibas á hacer?

BRIN. Es Andrés el molinero.

BAR. Lo que es por ese poco importaba, pero el Cura es distinto. Con que según eso no sabeis que Pascual se ha escapado de la emboscada?

GAUF. Diantre!

BAR. Y sin duda en este instante espera en la aldea á que vuelva el Cura para entregarle la carta.

GAUF. Vamos! ya entiendo. Es necesario dejar al buen Cura que vaya á buscar esa maldita carta. Vendrá en seguida á comunicárosla, y entónces...

BAR. Haced que se espíen sus pasos, que le sigan á todas partes; pero que nadie atente á su vida. Ahora, Brin, toca el resorte que comunica á la campana del subterráneo; quiero que toda la banda se reuna aquí.

BRIN. Al momento, capitán. (Toca un resorte que hay sobre la piedra que cierra el subterráneo. Los bandidos empiezan á salir de él.)

BAR. Gaufré; tú, entretanto, haz disponer la capilla como si fuera para una boda, con el fin de deslumbrar al Cura. (Gaufré trasmite esta orden, dos bandidos entran en la capilla, los demás, que han salido del subterráneo, se agrupan en torno del Barón.) Compañeros, por ayudar á Juan el desollador, hemos cometido una imprudencia que es preciso reparar. Contra nuestra costumbre de hacer siempre nuestras correrías en puntos lejanos del que habitamos, hemos atacado hoy el molino inmediato, y de resultas de este ataque, tendremos que habérnoslas con una partida de gendarmes que nos rastrean la pista. Gaufré; elige doce hombres de los más resueltos para salirles al encuentro cuando menos se piensen, y no dejes uno solo con vida, lo entiendes? Despachado este negocio, será necesario permanecer en la inacción durante algún tiempo, con el fin de desvanecer las sospechas que el asalto del molino debe haber hecho concebir. Este es al menos mi parecer, y si el vuestro no se opone...

ROL. No se opondría ciertamente, si todos nuestros nombres continuasen siendo un misterio para los habitantes del molino, pero uno de nosotros ha sido reconocido.

BAR. Quién?

ROL. Gaufré.

ROL. Por una joven que fué la que dió aviso de nuestra llegada.

BAR. Quién es esa joven?

ROL. No la conozco.

UN BAND. (Saliendo de la capilla.) Capitán: en la capilla hay alguien escondido.

BAR. Algún traidor?

ROL. (Entrando.) Yo veré si es cierto, y quién es.

BAR. Sea quien quiera merece la muerte si ha sorprendido nuestro secreto.

BANDIDOS. Sí, sí, muera!

ROL. (Saliendo de la capilla.) Es ella...
BAR. Quién?
ROL. La joven que reconoció á Gaufré y dió aviso de nuestra llegada al molino.
BANDIDOS. Muera! Muera!

ESCENA VII.

DICHOS.—MARIANA, á quien Rolando arrastra violentamente delante de los bandidos.

BAR. Mariana!
GAUF. Mi hija!
MAR. Mi padre!... el Barón!... (Momento de silencio.)
BRIN. Antes que todo la seguridad general. Capitán: haz ejecutar el reglamento como esta mañana.
GAUF. (Bajo al Barón.) Tienen razón. El artículo 22 no deja duda ninguna sobre este punto: pero es lástima; con ella perdemos nuestra fortuna.
BANDIDOS. Muera! Muera!
BAR. Silencio!.. No morirá! (Rumores.)
ROL. Pedro el Negro, te olvidas que...
BAR. (Con fuerza.) Digo que no morirá porque será mi mujer. (La hace pasar á su derecha.) Prestará como nosotros su juramento, y de hoy más será nuestra cómplice.
GAUF. (A los Bandidos.) El artículo 5.° lo autoriza.
MAR. (Arrojándose á los piés de los Bandidos.) Oh! Nunca, nunca! Matadme primero.
BRIN. Y tiene razón: es más seguro, y además no moriría sola por mi gusto. Andrés estaba ahora poco aquí con ella.
BAR. Andrés morirá.
MAR. Dios mío! Andrés... y va á volver aquí... Oh! Piedad para él.
BAR. No puedo salvarle. Conoce nuestro secreto.
MAR. Yo os juro que no sabe nada.
BAR. Pues bien, dadme vuestra mano y prometo salvarle.
UN BAND. (Desde las rocas.) Aquí está el Cura.
BAR. El Cura! (A Mariana.) Ya sabeis á qué precio

salvais la vida de Andrés. (Alto.) Que todos se retiren, y nadie venga aquí si no hago la señal convenida. (Da en voz baja algunas órdenes á Rolando, el cual las trasmite á otros Bandidos. El Barón tiene agarrada por la mano a Mariana que está temblando: á Gaufré.) Tú, quédate. (Mientras Franval baja, los bandidos se van por distintos lados. Gaufré coge á Mariana y se queda con ella algo detrás del Barón.)

ESCENA VIII.

MARIANA.—FRANVAL.—EL BARÓN.—GAUFRE.

BAR. (Dirigiéndose á Franval.) Dios os guarde, señor Franval; y qué tal? Han tenido algún resultado vuestras diligencias?

FRANV. No por cierto: despues del ataque del molino, del cual no os pude avisar con tiempo, pensé que valía más en vez de ir yo á la ciudad enviar á otro cualquiera. Pascual, á quien dí la comisión, hace ya tiempo que debía estar de vuelta, pero todavía no ha parecido; y no queriendo haceros esperar, venía para hablar sobre... Pero no estais solo.

BAR. Señor Franval: esta mañana, creo que os hablé de un matrimonio secreto que deseaba contraer... Un viaje repentino que me obligará á dejar el país muy en breve... mañana quizás, me obliga á acelerar el momento de mi dicha. Ya he mandado hacer en la capilla algunos preparativos, y aquí teneis á mi novia y á su padre.

FRANV. Mariana!... Es imposible! Os casais con el Barón?

BAR. (Bajo á Mariana.) Vuestra respuesta es la vida ó la muerte de Andrés.

MAR. (Haciendo un esfuerzo.) Sí.

GAUF. No extrañeis su turbación. Ya veis, la alegría... la emoción...

FRANV. Os casais voluntariamente con el Barón, Mariana?

MAR. (Dominada por las miradas del Barón.) Sí!

BAR. Y yo me considero dichoso al poder manifestar públicamente, por medio de esta alianza, el aprecio y respeto que merecen las virtudes de Mariana.

FRANV. Yo no bendeciré esta unión.

BAR. Qué decís? Quién se opone á ella?

GAUF. La ley está terminante, ella consiente, como habeis oido... yo que soy su padre, también consiento, y...

FRANV. Repito que no consagraré este matrimonio, si al menos no me permitís hablar á solas con Mariana.

BAR. Eso es bien sencillo; ahora mismo, señor Cura. (Bajo á Mariana.) Si decís una palabra, ese hombre muere aquí. Si se resiste á casarnos, Andrés muere también. (Alto.) Vámonos, mi querido Gaufré.

GAUF. Como gusteis, mi respetable yerno. (Entran en el parque; pero, durante la escena que sigue, se les vé varias veces acercarse para escuchar.)

ESCENA IX.

MARIANA.—FRANVAL, después el BARON y GAUFRE.

FRANV. Hija mía, es cierto lo que acabo de oir?

MAR. Sí, señor Cura, es la verdad; acepto la mano del Barón.

FRANV. Voluntariamente?

MAR. Voluntariamente.

FRANV. Y Andrés?

MAR. (Con viveza.) Ah! no me hableis de él!

FRANV. Ves como te alteras al oir su nombre? Bien temía yo que tu matrimonio con el Barón, no era voluntario. El Barón te dobla la edad... Andrés te ama tiernamente, á qué negarlo? todo hace esperar que vuestra unión sería dichosa.

MAR. Ah! demasiado lo sé... pero... Ah! no, no, yo tambien lo he creido así hasta ahora, pero ya...

FRANV. Y qué te ha hecho mudar de opinión?

MAR. Nada.

FRANV. Habla, Mariana. Aquí hay un misterio que no puedo penetrar, pero adivino en tu turbación, que ese casamiento que se prepara, te horroriza, y yo no le bendeciré, ya lo he dicho.

MAR. (Aparte.) Cielos! qué haré? Si se lo digo todo su muerte es cierta... si continúa oponiéndose,.. van á matar á Andrés... Dios mío! Dios mío!

FRANV. Vamos, hija mía, háblame con franqueza. Acaso tu padre te obliga á contraer estos vínculos?... es avaro... lo sé... y las riquezas del Barón, le seducen. La obediencia filial es muy digna de alabanza. hija mía, pero tambien tiene sus límites. Yo hablaré á Gaufré.

MAR. Ah! no, no hagais tal Os engañais, soy yo, yo sola..

FRANV. Tú, Mariana!

MAR. Sí, la ambición... de riquezas .. de títulos...

FRANV. (Con severidad.) Ah! Mariana!... Mariana!... Pero no, no quiero creerlo, es imposible... para preferir esos títulos vanos, esos falsos placeres, á un amor sincero, es necesario ser egoista y tú no lo eres, Mariana. La mujer que piensa como tú dices, se dirige al altar sin remordimientos, con la frente elevada y la mirada orgullosa, y... tú, tú pareces más bien una víctima dispuesta al sacrificio. Desgraciada! Oh! yo me opondré á ese casamiento.

MAR. Ah! no, padre mío, os lo suplico de rodillas... Si me veis triste no por es mí, es por la pena... por el sentimiento que esta noticia va á causar al probre Andrés... Nada más que por eso!...

FRANV. Nada más!... y te parece poco despedazar el corazón de un hombre honrado que no piensa más que en tí, que no vive sino para tí, y al que has hecho tales promesas, que el quebrantarlas ahora es casi un perjurio?

MAR. (Abatida.) Es cierto!... es cierto!...

FRANV. No quiero contribuir por mi parte al olvido de vuestros juramentos... la ciudad no está lejos, el Barón os conducirá á ella pasado mañana... y allí otro sacerdote que no te conozca, que no

sepa como yo tus anteriores promesas, te casará con el Barón... pero yo nunca, nunca...

MAR. (Aparte.) Mañana... sería tarde; Andrés va á venir. Qué haré! Dios mío! qué haré?

FRANV. Adios, Mariana.

MAR. Deteneos, por piedad, deteneos! es preciso que este casamiento se verifique ahora... en este instante.

FRANV. Calla! calla! ó harás que una infame sospecha...

MAR. Os digo que es indispensable.

FRANV. Infeliz... tienes acaso que reparar alguna falta?

MAR. Ah! (Aparte con resolución.) Qué importa que me crean envilecida, ya no puedo ser de Andrés. (Alto.) Y bien, os negareis todavía?...

FRANV. Desgraciada!

MAR. Por piedad, Señor, no me culpeis... El Barón puede cambiar mañana de resolución y negarme la reparación que hoy me ofrece.

FRANV. Tienes razón. . levántate ya .. os casaré.

MAR. Consentís al fin.

FRANV. Es preciso.

MAR. (Aparte.) Andrés, he salvado tu vida.

FRANV. (Al Barón y á Gaufré que entran en escena.) Señor Barón, consiento en bendecir vuestro matrimonio; voy á entrar en la capilla para orar un momento y hacer los preparativos. (Entra en la capilla.)

GAUF. (A Mariana.) Señora Baronesa, yo te doy la enhorabuena.

UN BAND. (Entrando por el fondo.) Andrés viene.

BAR, Para que nada sospeche os dejo sola con él! pero mirad lo que decís; vuestra suerte y la suya está pendiente de vuestro labio... Nosotros nos escondemos aquí; por todos lados nuestras balas le amenazan. Si decís una sola palabra de manera que yo no la oiga. . si el Cura le habla... si antes de cinco minutos, antes que suene tres veces mi señal, el graznido de un buho, no se retira y os deja sola, perece sin remedio. (El Barón y Gaufré se esconden entre las ramas.)

ESCENA X.

ANDRES y MARIANA.

AND. (Saliendo.) Al cabo logré alejar de aquí al Cura. Está sola!

MAR. (Aparte.) Dios mío! me siento morir. Asesinos por todas partes.

AND. Si supieras, Mariana con qué impaciencia deseaba volverte á ver... Ese secreto que ibas á confiarme...

MAR. Yo!... no, no, tengo ningún secreto.

AND. No me digísteis que volviera para revelármelo?

MAR. No! .. yo no he dicho nada... afirmad que nada os he dicho, que nada os he revelado.

AND. Es cierto!... no me has dicho nada hasta ahora... Pero tu mano está helada, miras con espanto á todos lados... temes que alguno...

MAR. Sí, sí, temo que cualquiera venga por aquí.

AND. No temas nada después de la derrota de esos bandidos, á los que he jurado un ódio mortal... (Se oye el graznido de un buho.)

MAR. Ah!

AND. Qué es eso, Mariana?... tú tienes algo!... estás temblando.

MAR. Nada, no es nada... el frío... la niebla de la tarde...

AND. Toma mi brazo, te acompañaré hasta casa de tu padre.

MAR. No, no, déjame.

AND. Que te deje!...

MAR. Sí, déjame sola.

AND. Sola!... y de noche... en este sitio apartado... Mariana, qué es lo que te pasa... Oh! no te dejaré aquí, y de grado ó por fuerza... (Graznido de un buho.)

MAR. Dios mío! Ah! yo no sé que hacer!

AND. En vano quieres negármelo... en el estado en que estás, y á estas horas... no te dejaré sola aquí.

MAR. (Acercándosele de pronto.) Andrés, si amas á tu madre parte al momento.

AND. A mi madre?... qué dices?

MAR. No presiente tu corazón que corre algún peligro?

AND. Quién? mi madre? Un peligro!

MAR. Sí, un peligro de muerte.

AND. Cielos! Es posible! Quién te ha dicho?... Es posible?

MAR. No sé... lo he oido al venir aquí .. tal vez no será nada; pero si fuese cierto!... Ya ves, tu madre! Un instante que pierdas... puede ser causa de su muerte!...

AND. (Indeciso.) Mi madre! Mariana!

MAR. Sí, sí, tu madre! Corre.

AND. Pero tú... tú entretanto...

MAR. No te detengas... yo te seguiré en breve... Espero á mi padre que está en el castillo... él me acompañará...

AND. Mariana!

MAR. Piensa en tu madre, en tu madre que va á morir si no acudes pronto.

AND. (Haciendo un esfuerzo.) Adios, Mariana, adios. (Se va precipitadamente por el fondo trepando por las rocas.)

MAR. (Vacilando sobre sus rodillas.) Ah! Las fuerzas me faltan.

ESCENA XI.

MARIANA.—EL BARÓN.—GAUFRÉ, saliendo por la derecha. BRIN y ROLANDO del parque, los siguen llevando hachones.

MAR. (Viendo al Barón.) Se ha salvado, no es cierto?

BAR. Os lo he jurado.

GAUF. (A Brin y á Rolando, indicándoles el sitio por donde se ha marchado Andrés.) Pero para eso yo no he jurado nada. Seguid los dos á esa buena pieza, y en estando á cien pasos de aquí... (Rolando y Brin se van detras de Andres.)

BAR. (A Mariana.) Serenaos un poco Aquí está ya el Cura.

GAUF. (Recogiendo los papeles rotos que tiró Pascual.) Qué

será esto? (Reuniendo los pedazos y leyendo.) Qué veo? Nuestro es el tesoro! (Entra precipitadamente en la capilla en el mismo momento que el Cura sale y se dirige hacia Mariana.)

FRANV. (A Mariana.) Estais decidida?

MAR. Lo he prometido.

GAUF. (Aparte, saliendo de la capilla.) Se lo han llevado... El Cura atrapó el gato, pero iremos á pedírselo esta noche de modo que no nos lo pueda negar. (Todos van á entrar en la capilla, cuando se oye de repente un tiro que los detiene.)

MAR. (Asustada.) Un tiro!

BAR. Bah! Será algún cazador.

GAUF. (Aparte.) Andrés ya no es temible.

PASC. (Entrando por la derecha con mucho cuidado y ocultando su carabina entre las ramas.) Doce!...

ACTO CUARTO.

Sala baja en casa del Cura; á la derecha del fondo una ventana que da á la calle; en el centro puerta grande de entrada. En el tablado, debajo de la ventana, una trampa por donde se baja á la bodega. A la derecha una puerta que conduce al cementerio; cerca de esta puerta un reclinatorio con un Breviario; á la izquierda la puerta de la alcoba; en el mismo lado, en primer término, una cómoda; hay también un estante lleno de libros. Una lámpara colgada en la pared del fondo, alumbra el teatro.

ESCENA PRIMERA.

OCULI, subiendo por la trampa de la bodega con un cesto colgado del brazo, una botella en una mano y una palmatoria en la otra.

Ah!... Dios mío! Aquí suena algo... No, vamos!... Es el viento, (Bebiendo.) cobremos ánimo. Tres veces he tenido que reponerme de este modo desde la bodega, y hay nueve escalones... es mucho trabajo! Esta maldita casa está tan aislada... si me sucediese algo ya podía gritar hasta mañana sin miedo de que me oyeran... Por un lado la iglesia, por el otro el camino real, y por allí... el cementerio... (Temblando.) Vaya! Qué posición tan alegre... tan pintoresca! (Vuelve á beber.) Mucho tarda el señor Cura, es una crueldad dejarme tanto tiempo solo... Pero

ya no puede tardar... A no ser que no haya encontrado la llave del cementerio en el punto convenido en caso de que venga por el bosque. (Asustado.) Por el bosque! Y de noche! Estando los calentadores en las cercanías, tiemblo solo al pensarlo... Cobremos ánimo! (Bebe.)

ESCENA II.

OCULI.—Después PASCUAL.

PASC. (Que entra por la puerta de la derecha, al ver á Oculi.) Ah!

OCULI. (Volviendo asustado.) Ah! Quién ha dicho ah? Hola, eres tú el que tiene la osadía de asustarme? A qué vienes aquí á estas horas? Por dónde has entrado?

PASC. Por el cementerio.

OCULI. Cuánto va que has dejado la puerta abierta? No es cierto? Vamos, Pascual, eres un cernícalo... Pero hombre, habla, responde...

PASC. (Con su aire acostumbrado.) Toma!...

OCULI. Alma de cántaro... lo mismo eres tú que... dos... y dos.. son cuatro... Me comprendes ahora, animal?

PASC. (Lo mismo que antes.) Ya!

OCULI. Me dan intenciones de darle un... Voy á ver si está todo bien cerrado. (Se va por el fondo.)

ESCENA III.

PASC. (Apenas se queda solo desecha la especie de apatía soñolienta en que parece sumido; saca la cajita de debajo de la blusa, busca por todas partes un sitio donde ocultarla, y después de haber reconocido varios rincones se dirige al estante, toma un libro en fólio, le corta todas las hojas con un cuchillo y pone en su lugar la cajita, y vuelve á colocarlo en el estante como lo había encontrado. Durante este tiempo tararea en el mismo tono y en el mismo aire que siempre. Se oye la voz del Cura que habla con Oculi.) El Cura!... Yo .. á la ciudad ahora... y esta noche otra vez al castillo; pero no iré solo. (Huye por la puerta de la derecha.)

ESCENA IV.

FRANVAL.—OCULI por el fondo.

FRANV. No seas estúpido! Cuando te digo que la puerta del cementerio está cerrada ..

OCULI. Pues entónces, por dónde ha entrado?

FRANV. Quién?

OCULI. El.

FRANV. Quién es él?

OCULI. Quién ha de ser... el cazurro.

FRANV. Pascual? Con que al fin ha venido?

OCULI. Quién?

FRANV. Ese muchacho con la carta...

OCULI. Qué carta?

FRANV. (Enfadado.) Mira... Si yo fuera soldado como en otro tiempo, ya te hubiera calentado las orejas para aclararte el entendimiento.

OCULI. Vaya una idea!... Qué diantre, no se me hubiera ocurrido á mí en cien años.

FRANV. (Impacientado.) Dónde está la carta que Pascual ha traido para mí?

OCULI. Señor Cura! Permita Dios que Benito toque solo todas las antífonas, si Pascual me ha dado ninguna carta.

FRANV. De veras no te ha dado nada?

OCULI. Tan de veras como Alejandrina vuestra sotana nueva...

FRANV. Calla por todos los santos. Yo me tengo la culpa; no debía haber encargado á ese pobre idiota de una comisión de tanta importancia aunque tan fácil es de ejecutar.

OCULI. Efectivamente que el tal muchacho es bestia si los hay... y bien lo prueba lo que le he visto hacer hoy.

FRANV. El qué?

OCULI. No hace mucho que verifiqué mi ronda acostumbrada por el cementerio... todo estaba en regla, nada de nuevo! Pues bien; no hizo más que pasar ese desarrapado, y ya encontré dos rayas

más, recientes, en la cruz que está sobre la sepultura de su padre.

FRANV. Eso es muy extraño.

OCULI. Pues á mí me parece muy estúpido, y...

FRANV. Basta! ve á cerrar todo bien... Aunque estamos tan cerca de la Aldea ninguna precaución está demás... Afortunadamente mis puertas son bien sólidas, las barras muy firmes, y necesitarían sitiar esta casa en regla para entrar en ella á viva fuerza... y al ruido, toda la Aldea en masa estaría aquí antes de cinco minutos...

OCULI. Sin embargo, buena es la prudencia; voy á cerrar. (Se va por el fondo.)

FRANV. (Solo un instante.) Cuanto más pienso en esto, más me confundo sin poder penetrar este misterio... Mariana! Mariana!... es posible que se vea obligada á ocultar su vergüenza por medio de ese casamiento, muy superior á su clase, pero que no hará su felicidad? oh! estoy seguro de ello... Y entretanto el pobre Andrés sabrá ya acaso la noticia.

OCULI. (Entrando.) Señor, señor.

FRANV. Qué hay?

OCULI. (Con alegría.) Qué bien voy á dormir esta noche; hace tres que no pego los ojos de miedo; pero esta...

FRANV. Tú quieres probarme la paciencia!... Qué quieres decir?

OCULI. Que nos ha llegado un refuerzo.

FRANV. Un refuerzo?

OCULI. Cuatro gendarmes, ya veis.

FRANV. Dónde están? (Los calentaderes disfrazados de gendarmes entran por el fondo.)

OCULI. Aquí los teneis. Qué mocetones? estoy por llamar Jonatás al sable de ese más alto.

ESCENA V.

CUATRO GENDARMES y después ROLANDO, de cabo.

GEND. El señor cura Franval.

FRANV. Para servirte, valiente, qué se ofrece?

GEND. Una carta del Burgomaestre de la ciudad.

FRANV. (Leyendo.) «Señor cura: Después del atrevido ataque de los bandidos contra el molino, me ha parecido conveniente para la seguridad de esa Aldea enviar esos cuatro gendarmes al mando de un cabo, á los que tendreis la bondad de dar alojamiento en vuestra casa, por estar mejor situada que ninguna otra para atender á cualquier incidente que ocurra.» Con mucho gus to Dónde está vuestro cabo?

GEND. Le dejamos en la cuadra atando su caballo; pero aquí está ya.

ROL. (De cabo.) Perdonad, señor Cura. Yo debía haberos presentado mi gente.

FRANV. Quién ha ido á pedir este refuerzo á la ciudad?

ROL. El señor Andrés Dumoutier, que se ha separado de nosotros en el bosque, encargándonos que llegáramos aquí cuanto antes.

FRANV. Muy bien hecho... Pero qué veo? esta carta está manchada de sangre!

ROL. Sí! me han herido en el camino.

FRANV. Herido! y quién?...

ROL. Una partida de calentadores que nos atacó... pero no ha sido nada. (Llaman á la puerta.)

FRANV. (A Oculi.) Vé á ver quién llama.

OCULI. Voy volando. (Se va por el fondo.)

FRANV. (A los gendarmes.) Podeis recogeros á descansar si quereis. Basta que uno de vosotros esté despierto, los demás estarán en pié á la primera señal de alarma.

OCULI. (Entrando.) Señor cura, Mafiana quiere hablaros.

FRANV. (Admirado.) Mariana!

OCULI. Viene con un criado del señor Barón.

FRANV. Hazla entrar... y cuida tú entre tanto de que no les falte nada á los señores.

ROL. Gracias, señor cura, traemos todo lo necesario.

FRANV. Mariana á estas horas!... (Los gendarmes se van por el fondo. Mariana conducida por Oculi, que se retira desde la puerta, entra también por el fond o.

ESCENA VI.

FRANVAL.—MARIANA.

FRANV. (Con severidad.) Vos aquí, Mariana?

MAR. Señor cura, no creais que vengo aquí como tantas veces lo he hecho á buscar los consuelos y los consejos de un amigo. Soy una mujer como otra cualquiera, que viene á rogar al sacerdote que la escuche.

FRANV. (Con severidad.) La iglesia estará abierta mañana para todo el mundo.

MAR. Y si una mujer desconocida viniese á suplicaros como yo que la evitáseis una noche de tormentos, acaso una eternidad de dolores permitiéndola desahogar á vuestros piés su corazón lleno de amargos recuerdos y de desesperación?

FRANV. Mi deber sería escucharla.

MAR. Y si esta mujer viniese además á revelaros un secreto que solo vos debeis saber?

FRANV. Diría á esta mujer, podeis hablar. (Se sienta en un gran sillón y Mariana se sienta á su lado en un taburete.)

MAR. Cuando esta mañana ví la primera á los bandidos dirigirse al molino, á uno de ellos se le cayó la máscara que le cubría el rostro, le reconocí al momento; pero á nadie he dicho su nombre...

FRANV. Debes decirlo; la seguridad pública lo exije.

MAR. Aquel bandido era mi padre.

FRANV. Cielos!

MAR. (Con ansiedad.) Recordad que os he dicho que á vos solo revelo este secreto.

FRANV. Continuad.

MAR. Yo quería decir á Andrés, sin revelarle la verdad, que no pensase más en mí... que me olvidase... y para esto le esperaba cerca de la capilla. Los bandidos me sorprendieron en aquel sitio, me reconocieron al momento y quisieron darme la muerte... Yo la esperaba resignada; pero su capitán el Barón...

FRANV. El Barón!

MAR. Solo vos me oís, señor cura.

FRANV. Proseguid.

MAR. El Barón dijo entónces, «no morirá si quiere ser mi mujer.» Oh! pero me amenazaron con que Andrés perecería también conmigo. Andrés que iba á venir de un momento á otro lleno de confianza y de amor... Oh! entónces consentí y todo lo que quisieron... vos os negábais á celebrar el matrimonio... y yo inventé para decidiros y salvar la vida de Andrés aquella mentira contra mi reputación... Os callais? me condenais todavía?

FRANV. No, hija mía, no; el llanto es el que no me deja hablar.

MAR. Cuando vos me dejásteis, las fuerzas me faltaron y caí desmayada: así que recobré mis sentidos, pedí veros con tales instancias, que al fin me lo concedieron, jurando antes por la Cruz del Salvador de volver al momento: he venido á decíroslo todo, padre mío, para que exista alguna persona en el mundo que no me desprecie, y también para escuchar de vuestro labio una palabra de consuelo y de perdón.

FRANV. Tu perdón! Ah! ven á mis brazos... Sí, á mis brazos, pobre criatura!... Tanta resignación, tanto valor!

MAR. Oh! sí, he necesitado mucho valor.

FRANV. (Enjugando sus ojos.) Y tú crees que yo no desharé ese casamiento impío y sacrílego! (Se levanta.)

MAR. (Con viveza.) Me habeis prometido el secreto.

FRANV. No quiero dejarte en poder de ese bandido

MAR. He jurado que volvería.

FRANV. Pues desgraciada! La suerte que te espera es horrible!

MAR. Andrés no morirá. Su madre quería llamarme su hija; ya que esto es imposible, al menos he salvado la vida de su hijo.

FRANV. Y qué va á ser de él, que te amaba tanto?

MAR. Por él he venido también aquí. Es preciso que parta al amanecer, esta noche, al momento, hoy mismo; todavía es tiempo, todavía puedo prote-

gerle; pero mañana... mañana... quién sabe! Sería ya tarde! Prometedme que le vereis y que le consolareis con vuestras santas palabras, porque él también va á ser muy desgraciado... y más que todo, padre mío, procurad calmar su ódio contra mí; decidle con la autoridad de vuestra palabra, que á pesar de las apariencias yo he sido siempre digna de su amor... repetídselo muchas veces y os creerá, padre mío... y conservará algún recuerdo de la pobre Mariana.

FRANV. Sí, sí, se lo diré, yo te lo prometo.

MAR. Y ahora, por si no os vuelvo á ver jamás...

FRANV. Qué dices!

MAR. Bendecidme, padre mío.

FRANV. Ah! Sí, yo te bendigo con todo mi corazón... pero quédate aquí.

MAR. Imposible, lo he jurado... (Aparte.) Ya puedo morir!

OCULI. (Dentro.) Por aquí, señor Andrés, por aquí.

FRANV. Andrés? Dios le envía! El sabrá convencerte mejor que yo. (Yendo á la puerta.) Andrés... Andrés!... (Sale un instante.)

MAR. Oh! Andrés, Adios para siempre. (Se acerca precipitadamente al reclinatorio y mete una carta entre el breviario.) Cuando él encuentre esta carta ya habré dejado de sufrir. (Se va por la puerta de la derecha.)

ESCENA VII.

ANDRÉS.—FRANVAL.—Después OCULI.

FRANV. Ven, ven, amigo mío.

AND. Por fin, os encuentro.

FRANV. (Aparte volviéndose.) Dónde está Mariana? No se habrá atrevido á verle... en mi cuarto sin duda... (Alto.) Pero, qué te ha pasado?... Tus vestidos están desgarrados y en desórden!

AND. Me han asaltado en medio del bosque.

FRANV. Qué dices!

AND. Uno de mis adversarios cayó herido por una mano invisible, yo logré sugetar al otro, y la

luz de la luna me dejó ver unas facciones que no olvidaré en toda mi vida!... Pero dejemos esto... Sabeis que soy muy desgraciado? Mariana me engaña, no sé qué pensar de ella. Ha inventado una mentira que me puso en una ansiedad cruel, solo con el fin de alejarme de su lado... y á estas horas todavía no ha vuelto á la casa de su padre.

FRANV. Andrés; hijo mío, tendrás valor para escucharme.

AND. Me asustais... Qué sucede?

FRANV. Tendrás confianza en mi buena fé? Creerás en mi palabra?

AND. Hablad! Hablad!

FRANV. Pues bien, yo te juro ante Dios que Mariana tiene el alma más pura y más generosa que puede haber en el mundo... Lo oyes?

AND. Sí, sí... Y lo creo porque vos lo decís... Qué feliz me habeis hecho! La amo tanto...

FRANV. No es ya amor lo que debes sentir por ella, sino respeto y gratitud.

AND. Gratitud!... Respeto?...

FRANV. Te ha salvado la vida.

AND. Qué decís? Mariana?

FRANV. Sí; pero á costa de un gran sacrificio... porque te ama también como tú á ella... acaso más... y sin embargo...

AND. Sin embargo?... Acabad! Estáis pálido, alterado. Dios mío! Habrá muerto.

FRANV. No.

AND. Entónces!...

FRANV. Se ha casado.

AND. Casado! Oh! No es verdad! Imposible.

FRANV. Yo mismo he bendecido su unión.

AND. Con que es cierto! Se ha casado? Infame!

FRANV. Calla! Calla!...

AND. Oh! No, es una infame! Perjura!

FRANV. Calla!... Desgraciado; tus palabras van á matarla, está aquí... escuchándote...

AND. (Corriendo á la derecha.) Aquí .. Oh! Sí, quiero que me oiga, que muera bajo el peso de mis injurias. (Entra en la derecha.)

FRANV. Andrés! Andrés!
AND. (Volviendo.) No hay nadie.
FRANV. Nadie! Dios mío! Mariana! Mariana!

ESCENA VIII.

DICHOS.—OCULI, entrando por el fondo y cerrando la puerta tras él.

OCULI. (En la mayor alteración.) Ay, Dios mío. Dios mío!
FRANV. Dónde está Mariana?
OCULI. Se fué. Uno de los gendarmes la ha llevado... Oh! Qué gendarmes!
AND. Dónde, dónde?
OCULI. Hasta donde la esperaba el criado del Barón.
AND. Del Barón!... Con que él es... Oh! Necesito su vida y la de Mariana.
FRANV. (Deteniéndole.) Detente, escucha ..
AND. Os digo que necesito su vida.
OCULI. (Agarrándole por el brazo.) No, no nos abandoneis... Si supiérais... Los gendarmes...
AND. Dejadme, dejadme.
FRANV. Andrés, cálmate, yo te lo suplico... yo te lo mando.
AND. (Saliendo.) Le mataré!... Sí, le mataré! (Vase por la derecha.)

ESCENA IX.

FRANVAL.—OCULI.

FRANV. Desgraciado! Va á perderse.
OCULI. (En el mayor espanto.) Nosotros, sí, que estamos perdidos sin remedio.
FRANV. Perdidos? por qué?... Vamos, habla.
OCULI. Los gendarmes... los gendarmes!...
FRANV. Y bien, los gendarmes?... acaba.
OCULI. Huyamos, huyamos al momento.
FRANV. (Deteniéndole.) Hablarás, ó no?
OCULI. Socorro! Socorro!
FRANV. Estás loco!
OCULI. Los gendarmes... buena gente... Ay, Dios mío!...

Estaban hablando con unos hombres enmascarados... allí... por la ventana baja... están de inteligencia... los gendarmes les ayudan á limar la reja...

FRANV. Los gendarmes!

OCULI. Son bandidos disfrazados... yo venía á avisaros... no me habeis dejado acabar.

FRANV. Ah! Todo lo adivino ahora, Dios mío!... y no hay tiempo... (A Oculi.) Cierra los postigos de esa ventana, pronto! despacha!

OCULI. Dios me valga! (Cierra la ventana.)

FRANV. Les abandonaremos lo demás de la casa: esta puerta es sólida y no podrán derribarla.

OCULI. Estoy muerto.

FRANV. Ah! no tener armas! ni una siquiera!... (Llaman á la puerta.)

OCULI. Esto es hecho!

FRANV. Silencio!

ROL. (Dentro.) Señor Cura!

FRANV. Qué quereis?

ROL. Quieros hablaros... soy el Cabo... tengo que tomar algunas disposiciones.

FRANV. No abro á nadie.

ROL. Abrid, abrid!

FRANV. Sois los bandidos... estais descubiertos!

ROL. (Cambiando de tono.) En ese cambio, abrid ó sois muerto!

FRANV. No abriré.

ROL. Derribaremos la puerta.

OCULI. Oís?

FRANV. La puerta es sólida... probadlo... (Sacuden la puerta con estrépito. Rumor de voces dentro.)

OCULI. Van á derribarla!

FRANV. Ah! esta cómoda... (Carga con la cómoda y la pone delante de la puerta.) Aquí. Bien! Resiste todavía. (El ruido cesa. Escuchando.) Se retiran.

OCULI. Nos hemos salvado.

FRANV. Mucho lo dudo. Entreabre las maderas y mira por la ventana.

OCULI. Y si me descerrajan un tiro?

FRANV. No se atreverán. Darían la alarma á todo el pueblo... Oh! ahora comprendo por qué se han

valido de esa estratagema... No podían penetrar aquí á viva fuerza.

OCULI. (Que ha mirado por la ventana.) No veo á nadie... no pueden salir sin que yo los vea desde aquí.

FRANV. (Escuchando.) Nada! ni el menor ruido. Este silencio es más espantoso que la muerte... Sin duda preparan alguna combinación infernal, estamos perdidos!... Vamos, Oculi, valor; es preciso morir como hombres, y como cristianos.

OCULI. Piedad! Dios mío, piedad!

FRANV. Sí, debemos pedir piedad al Señor: si quiere llamarnos á sí, hágase su voluntad. La muerte me será menos amarga; ahora que Andrés y Mariana son desgraciados. Valor!... Quiero rogar á Dios por mis asesinos. (Toma el breviario, el papel de Mariana cae al suelo.) Qué es esto?

OCULI. (Señalando á la puerta.) Señor Cura! mirad, mirad...

FRANV. (Leyendo.) «Adios... rogad por mí... mañana habré dejado de sufrir.»

OCULI. Sale humo! Queman la puerta!... (Se vé salir el humo por debajo de la cómoda.)

FRANV. Ah! Desgraciada! Un suicidio! Es preciso salvarla... Sí, aún es tiempo.

OCULI. (Espantado.) Fuego!... Fuego!...

FRANV. Abre la puerta.

OCULI. La puerta!...

FRANV. (Retirando con precipitación la cómoda.) Dios mío! Si fuera tarde...

OCULI. (Huyendo por la trampa de la cueva.) Le matan sin remedio.

ESCENA X.

FRANVAL.—GAUFRE.—ROLANDO.—BANDIDOS, disfrazados de gendarmes, y otros enmascarados. Así que el Cura abre la puerta, los bandidos se precipitan sobre él.

FRANV. Desdichado! Qué haceis? Soy un sacerdote.

ROL. Sujetadle... que no se escape.

FRANV. Tomad todo cuanto tengo... pero dejadme salir.

GAUF. Salir! no pides poco!

FRANV. Dejadme! dejadme! Peligra la vida de una infeliz...

ROL. Más peligra la tuya, si no nos entregas al momento los treinta mil francos.

GAUF. BANDIDOS. El tesoro!

FRANV. No le tengo!... Oh! yo os daría todos los de la tierra por una hora de libertad. (Procurando desasirse.)

ROL. Venga el tesoro.

FRANV. No le tengo! No le tengo! ya os lo he dicho.

GAUF. (Mirando á la habitación de la izquierda.) En ese cuarto hay lumbre, despachad!

ROL. (Llevándose al Cura.) Vamos.

FRANV. (Resistiéndose.) Por piedad. La infeliz va á comparecer delante de Dios, manchada con el crímen de su muerte.

GAUF. Ea! llevadle... ya sabeis, hasta que cante claro. (Se llevan al Cura.) Nosotros busquemos entretanto...

BANDIDO. (Rompiendo un mueble.) Nada!

OTRO. (Delante de otro mueble.) Nada, tampoco.

OTRO. (Buscando en la cómoda.) Puede ser que esté aquí.

GAUF. Tal vez tenga secretos, miradlo bien... tentad paredes.

BANDIDO. (Saliendo del cuarto de la izquierda.) No confiesa nada.

GAUF. Proseguid... Ahí tienes leña. (Le arroja varios libros del estante.) Qué hay? (A Rolando.)

ROL. (Saliendo de la izquierda.) Ni una queja sale de sus labios... Está rezando en voz baja... Yo no me atrevo á estar allí.

PASC. (Siempre arrojando libros.) Cobardón!... Nada! libros y más libros!...

BANDIDO. (Arroja un libro y la caja cae al suelo.) El tesoro!... el tesoro!...

ROL. El tesoro!

BANDIDOS. A repartirlo, á repartirlo! (Los que estaban en el cuarto del Cura salen también al oir el tesoro.)

GAUF. Papeles! (Los recorre rápidamente mientras que los bandidos examinan los diamantes, los billetes de

Banco y el oro que contiene la caja.) Qué veo! mi parte puede ser mayor que la de todos. (Alto á los ladrones.) Detenéos.

ROL. Por qué?

GAUF. Este tesoro pertenece á la señorita de Bianville.

BANDIDOS. Qué importa!

GAUF. La señorita de Bianville es Mariana, la mujer del Capitán.

BANDIDO. Mariana!

GAUF. (Tomando la cajita.) El negocio está hecho y ha salido perfectamente; llevemos el tesoro y el capitán decidirá. (Salen sin hacer ruido.)

ESCENA XI.

FRANVAL, después PASCUAL y OCULI.

FRANV. (Saliendo de su cuarto y haciendo grandes esfuerzos para andar, cae desfallecido... los piés cubiertos por la cómoda medio derribada.) Mariana es hija del Conde de Bianville! este casamiento es nulo! Dios mío! Dadme fuerzas!... Tal vez espira en este momento!... No puedo más... Andrés! Mariana!

PASC. (Entrando por la derecha y viendo á Franval.) El Cura!

FRANV. (Con dolor.) Ah! Es Pascual, inútil socorro.

PASC. (Viendo el libro en el suelo.) El tesoro! han venido á buscarle... y vos, vos! Ah! yo tengo la culpa. Maldecidme, matadme.

FRANV. (Sorprendido.) Qué lenguaje!... Con que comprendes?...

PASC. Sí, sí; todo lo comprendo, el término de mi venganza está cercano.

FRANV. Infeliz! con que tu idiotismo era...

PASC. Ya lo sabreis todo... Ahora es preciso socorreros.

FRANV. Lo primero es salvar á Andrés.

PASC. Andrés! Dónde está?

FRANV. Ha ido al castillo.

PASC. Ah, su muerte es cierta... pero vos, y vos entretanto... (Llaman á la trampa de la cueva.) Quién llama!

FRANV. Es Oculi.

PASC. (Se dirige á la trampa, la abre, hace salir á Oculi, y le conduce rápidamente cerca de Franval.) Ahí tienes á tu amo que no has sabido defender. (Toma unos trapos de uno de los cajones de la cómoda que los ladrones han dejado esparcidos por el suelo.) Al menos, cura sus heridas. Si puede andar solo acompáñale, y si no llévale en tus hombros al castillo. Oh! si yo tuviera fuerzas!... Al salir toca la campana, para que se reunan todos los mozos de la Aldea. En la ciudad ya está dada la alarma y las tropas se han puesto en marcha... Al castillo, padre mío, al castillo! Andrés! Me ha recogido en mi orfandad, me ha alimentado y protegido... Ama á Mariana... Yo le salvaré, padre mío, yo le salvaré! (Se va corriendo.)

FRANV. Dios mío! Protegedle!

ACTO QUINTO.

Sala en el castillo del Barón; en el centro del fondo una alcoba: en el ángulo de la derecha ventana; en el de la izquierda la puerta de entrada. En los dos lados una enfrente de otra puertas de gabinetes. A la derecha del proscenio una mesa con un tapete y escribanía: sobre la mesa una vela encendida. A la izquierda del proscenio un velador: las cortinas de la alcoba están descorridas y dejan ver el resplandor rojo del carbon encendido en una hornilla; es enteramente de noche: solo la luz de la bujía alumbra la sala.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telón Mariana medio desmayada está casi tendida sobre el brazo de un sillón colocado á la derecha de la alcoba.

MAR. (Sola.) Cuando venga el Barón no tendré ya nada que temer. (Se dirige vacilando á la mesa de la derecha sobre la que hay una carta empezada.) Sí, la muerte es mi úuico refugio... no tardará en venir!... La atmósfera que me rodea es cada vez más densa... Pero esta muerte es lenta... cruel... Dios mío, perdonadme... Mi mano no hubiera tenido valor para herirme... Y es preciso morir... sí, es preciso... el gas que se desprende de esos carbones encendidos no me deja ya respirar; oh! Andrés... cuánto te amo! Andrés! quiero que por estas líneas, las últimas que escribo... sepas que he muerto pura y digna de

tí... (Tomando una pluma para firmar.) Adios, adios para siempre... (La pluma se la cae de las manos.) La cabeza me pesa como el plomo. (La luz de la bujía se va disminuyendo dulcemente hasta que se apaga.) Mi vida se apaga también como esta luz. (Dá algunos pasos á la izquierda.) Qué vertigo! Dios mío! es ya la muerte! Tan pronto... Ah! (Queriendo dirigirse á la ventana.) Aire! Aire! (Cae desmayada.)

ESCENA II.

ANDRES.—MARIANA, desmayada. Andrés rompe la ventana con estrépito y salta á la escena que está enteramente oscura.

AND. Dónde estoy? Hace un momento que había luz en este cuarto... trepando por el enverjado he podido subir hasta aquí; (Deteniéndose.) pero qué sensación esperimento... me cuesta trabajo respirar. (Mariana suspira.) Aquí hay alguien... una mujer! (Bajándose y examinándola.) Mariana! (Mirando á la alcoba y viendo el reflejo del carbón encendido.) Ah! desgraciada, todo lo comprendo! (Corre á abrir de par en par la ventana.) Aire!... Aire! . (Volviendo y poniéndose de rodillas junto á Mariana, a la que procura volver el conocimento.) Mariana! .. muerta, cielos! Mariana!

MAR. (Reanimándose.) Andrés!

AND. Oh! Bendito seais, Dios mío!... Vive... me ha oido... Mariana!... mi amor... soy yo... Andrés!

MAR. (Delirante.) Oh! sí... te amo... sí... ya no nos separaremos nunca.

AND. Nunca! Nunca!

MAR. Nunca!... ahora!... en el cielo los dos... Si tú supieras. . he sufrido mucho! mucho!... Pero no no podía vivir. . Y tú también has muerto!

AND. Dios mío... Ha perdido la razón... Dios mío!... Mariana vuelve en tí... soy yo... Andrés... tu amante... que está á tu lado.

MAR. (Recobrando el sentido.) Andrés?... dónde estoy? Quién me llama?

AND. Demos gracias á Dios, Mariana, porque he llega.

do á tiempo para estorbar tu funesta resolución.

MAR. Es cierto! vuelvo á la vida... existo... Ah! Desdichados de nosotros... Andrés! tu peligro me vuelve la razón... Huye, huye pronto! tu vida está aquí en mucho riesgo.

AND. No, me quedo... Te amo mucho para abandonarte á otro... Yo no puedo penetrar este horrible misterio; pero el Cura me ha dicho que te habías sacrificado por salvarme la vida... Y ya lo veo... pero este sacrificio no se cumplirá...

MAR. En nombre del cielo! si vienen, estás perdido.

AND. Que vengan.

MAR. Dios mio!... No oyes sus pasos? Va á venir y no me hallará muerta... esa ventana... (Corriendo á ella.)

AND. (Deteniéndola.) Qué haces?

MAR. (Viendo entrar al Barón.) Ah! Dios mio!

ESCENA III.

DICHOS.—BARON. Criados que traen luces, las colocan sobre la mesa y vuelven á salir.

BAR. Aquí Andrés!

MAR. Piedad, piedad para él.

AND. No vengo á pedir piedad, sino justicia!... Responded, caballero; de qué medio os habeis valido para obligar á esta joven á que os dé su mano?

BAR. Y vos, respondedme; qué haceis á estas horas en mi casa?

AND. Vengo á arrancaros vuestra víctima.

MAR. Andrés! .. Calla, calla! en nombre del cielo!...

BAR. Mi víctima? Os habeis vuelto loco? Olvidais que es mi mujer... que vuestro amigo el Cura Franval ha bendecido nuestra unión... y sobre todo, que estais en mi casa?... Compadezco vuestro amoroso despecho .. pero creedme, no abuseis por más tiempo de mi compasión.

MAR. (Al Barón.) Me habeis jurado salvarle.

AND. No rogueis por mí á ese hombre, Mariana; porque yo quiero matarle.

MAR. Andrés... tú no sabes que su poder...

BAR. Silencio! Señora, si decís una palabra más!...

MAR. (A Andrés.) Ah! no, no, déjame, huye! He entregado libremente mi mano... al Barón... y...

AND. Os repito que no será vuestra mujer mientras viva... ó mi vida ó la vuestra.

BAR. Joven! Aprovechaos de este instante de clemencia inesperada, dentro de un minuto será ya tarde. .

AND. Con que tu valor no se ejercita más que contra las mujeres!

BAR. Ay de tí, si llegas á esperimentarlo!

AND. Ahora mismo.

BAR. (Con ironía.) No, mañana.

MAR. (A Andrés.) Salid, por piedad, salid de aquí.

AND. (Al Barón.) Cobarde! Infame! Te escupiré en el rostro.

BAR. (Furioso.) A mí!

MAR. Dios mío!

AND. Ven!... Ven!... conmigo!

BAR. Tú lo quieres. .

AND. Y pronto!

BAR. Muy joven eres!. . Es lástima! Sígueme.

AND. (Con alegría) Ah!

MAR. No salgais, Andrés, no salgais...

AND. Vamos.

BAR. Vamos.

ESCENA IV.

DICHOS.—GAUFRÉ, entrando por la puerta pequeña de la izquierda.

MAR. Mi padre!

GAUF. (Sin ver á Andrés y poniendo la caja sobre el velador.) Aquí está el tesoro!... Pero á qué tiempo!... Una partida de tropa se acerca... sin duda la muerte de Andrés...

AND. (Adelantándose.) Quién os ha dicho?...

GAUF. (Asustado.) Es él!

BAR. (Acercándose á Gaufré, bajo.) Qué sucede?

GAUF. (Lo mismo.) Están cercando el castillo.

BAR. (Lo mismo.) Empecemos por deshacernos de este hombre.

GAUF. (Lo mismo.) El diablo, nuestro protector, nos le ha enviado. Nos servirá de rehenes.

AND. (Al Barón.) Os espero, Barón.

BAR. No esperarás mucho tiempo.

ESCENA V.

DICHOS.—ROLANDO.

ROL. (Entra por la derecha y se encuentra cara á cara con Andrés.) Capitán! (Ve á Andrés y se vuelve.) Me ha conocido! Osadía!

AND. (Aparte.) El hombre que me asaltó en el bosque.

ROL. (Bajo al Barón.) Capitán, todas las salidas están cerradas, solo queda libre la del subterráneo.

AND. (Aparte.) Con la librea del Barón!

MAR. (Aparte.) Qué es lo que pasa!

BAR. (Después de haber reflexionado un instante. A media voz.) Gaufré, conduce á la gente por el corredor de la capilla. (Alto á Rolando.) Mi capa... mis armas... (Rolando entra en la derecha.)

AND. (Aparte.) Si pudiese aclarar mis sospechas... (Rolando trae la capa y las pistolas, y las pone sobre la mesa.) Ah! Este reloj! (Lo pone al lado de las armas.)

BAR. Mariana, retiraos. (Toma las pistolas. A Andrés.) Vos me seguireis

MAR. (Con energía.) Oh! No vayas, Andrés

BAR. (Se vuelve furioso.) Mariana! (En seguida ve el reloj encima de la mesa y lo coje maquinalmente.)

AND. (Deteniendo la mano del Barón.) Perdonad, señor Barón, os engañais. . Este reloj...

BAR. (Mirándole.) Es mío, caballero.

AND. Estais seguro?

BAR. (Con impaciencia.) Muy seguro... y semejante sospecha... (Mete el reloj en su bolsillo.)

AND. (Con impetuosidad.) No! No es una sospecha... ya lo veo todo... Mariana, este hombre es un infame... un...

MAR. (Suplicando.) Calla! Calla!

BAR. Muy cansado estás de vivir.

AND. Capitán de bandidos! Ya te conozco!

MAR. (Conteniendo al Barón.) Oh, la muerte! La muerte á mí primero!

AND. Cuál es tu nombre?

BAR. Lo sabras al morir.

MAR. (Poniéndose entre ellos.) Moriremos juntos.

BAR. Y bien! no importa, serán dos en vez de uno. (Les apunta con sus pistolas.) Ves á alabarte al otro mundo de que has visto á Pedro el Negro. (Se oye un tiro disparado por Pascual que aparece en el poyo de la ventana, el Barón cae muerto.)

BAR. (Cayendo.) Ah!

ESCENA VI.

PASCUAL.—GAUFRE.—FRANVAL.—OCULI.—BANDIDOS.—SOLDADOS.

PASC. (Después que ha visto caer al Barón.) Trece! (Salta á tierra, Mariana cae en los brazos de Andrés, Pascual arrodillándose en medio de la escena.) Oh! Padre mio! ya estás vengado!

AND. (Tendiéndole la mano.) Mi libertador! (Se oyen tiros fuera.)

GAUF. (Entra vacilando por la puerta de la derecha, cayendo.) Herido!... Dios me perdone.

MAR. (Queriendo conocerle.) Mi padre!

FRANV. (Entra sostenido por Oculi y rodeado de paisanos.) No lo ha sido nunca. Eres hija del Conde de Bianville.

MAR. Qué decís?

PASC. (Tomando la cajita que está sobre la mesa.) Aquí teneis vuestros títulos y riquezas.

OCULI. Calla! y es este el estúpido?

AND. Mariana! es esto un sueño?

MAR. (A Franval.) Soy hija del Conde de Bianville?...

FRANV. Yo fuí su amigo cuando era soldado. Ahora, sacerdote de Dios, le doy gracias porque me ha permitido reconocer á su hija y bendecirla en su nombre! (Mariana y Andres se arrojan en los brazos de Franval.)

FIN DEL DRAMA.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librería de la Sra. Viuda é hijos de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMATICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares á esta casa, acompañando su importe en letras de fácil cobro ó sellos de comunicaciones. sín cuyo requisito no serán servidos.

Precio, DOS pesetas.

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.